

FÁBULAS POLÍTICAS

ORIJNALES

DE D. JOSÉ M. GUTIERREZ DE ALBA:

DEDICADAS POR SU AUTOR

AL PUEBLO LIBRE.

SEGUNDA EDICION.

SEVILLA:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
À CARGO DE JUAN MOYANO.

—
1845.

FÁBULAS POLÍTICAS

FÁBULAS POLÍTICAS

Reproducción de la 2ª edición de 1845
con motivo del
centenario de la muerte de

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA

Introducción
de
JOSÉ MANUEL CAMPOS DÍAZ

Fundación El Monte
Sevilla, 1997

INTRODUCCIÓN

El estudio de la literatura del siglo XIX ha de hacerse en el marco de una sociedad presidida por la burguesía como clase dominante, económica e ideológicamente. No es ésta una burguesía “pura”, pues sus coqueteos y maridajes con la aristocracia serán frecuentes. Así, si el tono burgués es fundamental en la época moderada restauradora, será la aristocracia la que dicte las normas del buen gusto y el comportamiento social; el burgués tratará de emularla y de esta conjunción nacerá una estética muy particular que encontraremos en los versos del momento¹.

La nueva clase dominante impondrá un modelo de sociedad en el que la cultura y política aparecen unidas. Se impone, así, la figura del intelectual-político, del hombre útil que justifica su propia utilidad a través de su filosofía: es el *demiurgo* de la nueva sociedad, consciente de su importante papel².

Normalmente los manuales de historia literaria distinguen, al menos, dos épocas en la literatura decimonónica: la romántica y la realista, repartiéndose *grosso modo* cincuenta años cada una de ellas.

Russell P. Sebold mantiene la teoría sobre la existencia de un primer Romanticismo en la literatura española, entre 1770 y 1800, y un segundo ya entre 1830 y 1860³. Ahora bien, cuando la crítica se refiere

Edita: Fundación El Monte

© De la presente edición: Fundación El Monte

© De la introducción: José Manuel Campos Díaz

I.S.B.N.: 84-89777-12-8

Depósito Legal: SE-1.092-1997

Imprime: Impr. A. Pinelo. Camas-Sevilla

1. COMELLAS, José Luis. *Los moderados en el poder. 1844-1854*, Madrid, C.S.I.C., 1970.

2. VILLACORTA BAÑOS, Francisco. *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1931*, Madrid. Siglo XXI, 1980, pág. 38.

3. “El incesto, el suicidio y el primer romanticismo español”, en *Hispanic Review*, vol. 4, otoño de 1973. Recogido después en el libro *Trayectoria del romanticismo español*, Barcelona, Crítica, 1983.

al movimiento romántico en España piensa en el segundo Romanticismo, cuyo origen puede encontrarse en “las tragedias y odas patrióticas a lo Quintana y las fábulas de intención política”, u otras manifestaciones culturales de indudable matiz romántico que se producen en los años que transcurren entre 1800 y 1830.

Pero si el máximo esplendor del Romanticismo en España se da a mediados de la década de los treinta, es en la siguiente cuando los escritores lo abandonan. Ya desde 1840 se distinguía entre un romanticismo pleno, proclive a toda clase de excesos y otro romanticismo moderado. Sólo el primero se calificaba propiamente de Romanticismo y sus grandes representantes eran, como sabemos, Larra —muerto en 1837— y Espronceda. El Romanticismo moderado, defendido especialmente por Lista, acabó llevando la literatura, dada su evidente inutilidad, a una situación de crisis que se manifiesta en este decenio 1840-1850⁴.

La poesía española en torno a 1845

De *annus mirabilis* de la poesía española califican los críticos a 1840 por la cantidad y calidad de las obras en verso publicadas entonces⁵. Destacan entre ellas las *Poesías Líricas* de Espronceda, las *Poesías* de Nicomedes Pastor Díaz, los *Ensayos Poéticos* de Salvador Bermúdez de Castro, las *Poesías* de García Gutiérrez, *Esvero* y *Almedora* de Maury, *María* de Miguel de los

4. URRUTIA, Jorge. *Poesía española del siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1995, pág. 61.

5. GARCÍA, Salvador. *Las ideas literarias en España entre 1840 y 1850*, Berkeley-Los Ángeles-London, University of California Press, 1971, pág. 71.

Santos Álvarez, las *Leyendas Españolas* de José Joaquín de Mora, las *Poesías caballerescas y orientales* de Arolas y *Ternezas y Flores* de Campoamor.

Al año siguiente, aunque en menor cantidad, ven la luz más libros interesantes, algunos capitales como *El Diablo Mundo* de Espronceda, los *Cantos del Trovador* de Zorrilla y los *Romances Históricos* del Duque de Rivas.

A pesar de tan brillantes comienzos, esta llama se extingue pronto y, con la excepción de algunos libros o composiciones aisladas de valor, el resto del decenio transcurre en medio de un anodino silencio, tan sólo turbado de cuando en cuando por las voces de protesta de algún crítico y por los instintos de contados poetas de aclimatar algo nuevo. A decir verdad, 1842 marca ya la caída vertiginosa de la lírica.

Allison Peers estudió separadamente la poesía lírica y la narrativa del periodo romántico y opina que, a partir del año 1842 aproximadamente, la poesía narrativa, en calidad y a veces también en cantidad, empieza a predominar marcadamente sobre la lírica⁶.

En este contexto, la fábula, género dieciochesco casi olvidado durante el apogeo romántico, encuentra en estos años no pocos cultivadores, entre los que descuellan Ramón de Campoamor, quien en 1842 dio a la imprenta las *Fábulas morales y políticas*, y Juan Eugenio Hartzenbusch, cuyas *Fábulas* se publicaron en 1848. Otros autores a destacar son: Wenceslao Ayguals de Izco, Pascual Fernández Baeza, Miguel Agustín Príncipe, Gabino Tejada y, por supuesto, José María Gutiérrez de Alba.

6. *Historia del movimiento romántico español II*, Madrid, Gre-dos, 1954, pág. 343.

Con la excepción de Campoamor, el interés de los escritores no está puesto en los temas morales, relativamente escasos, sino en los literarios y, sobre todo, políticos. No podemos olvidar que la época romántica es quizá el momento de la historia en que los literatos han estado más vinculados al devenir político, tanto en España como en el conjunto europeo.

El poeta simultanea el desprecio por la sociedad con la carrera política que le acerca al poder. No hay que ver oportunismo o hipocresía en esta actitud. A menudo, la defensa de sus ideales puso a los románticos de los más variados signos en situaciones difíciles que pudieran haberse ahorrado con la inhibición. Hay en términos generales una decidida vocación política, alentada —no hay que ocultarlo— por las posibilidades de ascenso que ofrece el sistema parlamentario, gracias al cual han aumentado considerablemente el número de los profesionales de la política⁷.

También hay muchos que se inhiben, especialmente los de ideología tradicionalista que prefieren el abandono a la lucha contra corriente.

En este ambiente, se produce un tipo de artista disconforme con el orden del universo, crítico con la clase social de que procede —la burguesía—, agresivo frente a la sociedad y que, sin embargo, es tolerado, admirado e incluso financiado por los mismos grupos que son objeto de sus ataques. El fenómeno es nuevo. Nace el poeta maldito, perseguido y venerado a un tiempo; este personaje vive en una sociedad a la que desprecia y critica; en ocasiones sufre represalias, pero por lo

7. PEDRAZA JIMÉNEZ, Felipe B. y RODRÍGUEZ CÁCERES, Milagros. *Manual de literatura española, Tomo VI. Época Romántica*, Tafalla (Navarra), Cénlit, 1982, pág. 33.

común es asimilado, vorazmente integrado por la burguesía en el poder, a la que pertenece y a la que detesta. Las obras en que se maldice el orden establecido son aplaudidas, entre el escándalo y la complacencia, por los mismos que establecen el orden. Lo prohibido y perseguido se consume con avidez y se paga a buen precio⁸.

Las *Fábulas políticas* de José María Gutiérrez de Alba responden a los planteamientos expuestos anteriormente. Tanto esta obra, como gran parte de su producción poética y, sobre todo, sus numerosos títulos para la escena reflejan la actitud del poeta decimonónico que, desde una óptica liberal, está plenamente inmerso en la ebullición política del momento histórico que le ha tocado vivir.

El propio autor alcalareño, cercano ya a los sesenta y ochos años, nos expone todo esto claramente:

“Dicen algunos que soy poeta, y yo, la verdad, no me atrevo ni a desmentirlo ni a afirmarlo. Por lo menos tengo de común con los poetas verdaderos el amor a la Naturaleza y a los más bellos ideales, el desdén hacia las microscópicas grandezas humanas y la carencia absoluta de todo espíritu mercantil, pues confieso que no me cabe en la mollera el negocio más sencillo y rudimentario. Mi espíritu ha tenido algo de quijotesco, y las consecuencias han sido lógicas y naturales. Tuve desde niño grande amor a las letras, lo cual equivale entre nosotros a tener vocación de pobre, y tuve también otra afición no menos pecaminosa: la de entrar en la política de buena fe, la

8. Ob. cit., pág. 35.

cual no me ofreció sino amarguras y desengaños, persecuciones violentas, y dos largas y penosas emigraciones para no sufrir la cadena del presidiario”⁹.

La producción poética de Gutiérrez de Alba

Como nos dice Romero Tobar, la trayectoria de la poesía española durante la primera mitad del XIX es aún un trazado informe de hitos aislados que es necesario enriquecer con la recuperación de muchos “poetas menores” y con el despliegue de las líneas de comunicación que traman el tejido de las actividades poéticas tal y como éstas se fueron produciendo¹⁰.

En línea con lo expuesto más arriba se enmarca el objetivo que se ha querido conseguir al publicarse, con motivo del centenario de la muerte de José María Gutiérrez de Alba (1822-1897), las *Fábulas políticas*, además de la novela *La Tapada* y el drama *Diego Corrientes* o *El bandido generoso*. Igualmente, la tesis doctoral sobre la vida y obra del autor alcalaño, que dirige en estos momentos la doctora Marta Palenque en la Universidad de Sevilla al que suscribe, viene impulsada en gran medida por estos motivos.

Sobre datos biográficos de Gutiérrez de Alba no voy a detenerme en este trabajo introductorio y remito al

9. Prólogo a su obra *El amor y los ratones (Poema vulgar)*, recitada en el Ateneo de Madrid el 15 de diciembre de 1889. Dicha obra fue publicada ese mismo año en Madrid, por Fernando Fe - Leocadio López.

10. ROMERO TOBAR, Leonardo. *Panorama crítico del romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1994, pág. 205.

lector a mi trabajo “Alcalá en la literatura”¹¹ y, sobre todo, a mi libro *Escritores de Alcalá de Guadaíra*¹².

Su producción literaria viene avalada por una prolija lista de títulos en torno al centenar, muchos de los cuales conocieron diversas ediciones. Destaca especialmente el género teatral, que supone más de la mitad de su producción. En segundo lugar destacamos sus composiciones poéticas y, por último, las del género narrativo.

Centrándonos en su producción poética, diremos que consta de trece libros, que enumerados cronológicamente son los siguientes: *Fábulas políticas* (Sevilla, 1845), *Lecciones para el pueblo* (Madrid, 1856), *Romancero español contemporáneo* (Madrid, 1863), *La política en imágenes* (Madrid, 1868), *El pueblo andaluz* (Madrid, 1877), *El canal interoceánico* (Bogotá, 1879), *Vasco Núñez de Balboa* (Concepción, 1881), *Álbum de excentricidades...* (Alcalá de Guadaíra, 1888), *El amor y los ratones* (Madrid, 1889), *Alpha y Omega* (Madrid, 1890), *Poemas y leyendas I* (Madrid, 1890), *Poemas y leyendas II* (Madrid, 1891) y *Elementos de agricultura* (Sevilla, 1895).

Además, publicó una gran cantidad de poemas sueltos en diversas publicaciones periódicas de la época, muchos de ellos recogidos también en algunos de sus libros de poesía. Entre las publicaciones sevillanas destacamos: *La Floresta Andaluza* (1843), *El Verjel* (1844), *El Jenio de Andalucía* (1844-1845), *El Baluarte*

11. CAMPOS DÍAZ, José Manuel. “Alcalá en la literatura”, en *Alcalá de Guadaíra: Pasado, presente y futuro* (Dirección y coordinación de Enrique Baltanás), Alcalá de Guadaíra, Servicio Municipal de Publicaciones, 1995, págs. 193-194.

12. CAMPOS DÍAZ, José Manuel. *Escritores de Alcalá de Guadaíra (Diccionario bio-bibliográfico y antología de textos)*, Sevilla, Diputación Provincial, 1997, págs. 154-157.

(1887), *El Buen Humor* (1890) y *Miscelánea* (1896). Entre las madrileñas: *La Ilustración Española y Americana* (1872 y 1885-1886), *Almanaque de La Ilustración para el año 1886*, *La Ilustración Católica* (1889), *El Mundo de los Niños* (1891), *La Edad Dichosa* (1892) y *Don Quijote* (1896). En Barcelona: *Barcelona Cómica* (1894-1896). Por último, en Bogotá: *Revista de Bogotá* (1871) y *El Repertorio Colombiano* (1878).

Fábulas políticas, obra de juventud

Como dijimos en el apartado primero de esta introducción, las fábulas fueron escritas por gran número de escritores decimonónicos. El siglo XVIII, la intención didáctica con la que se solía abordar la escritura poética, produjo en España los dos únicos fabulistas que, por sola esta condición, se han incorporado a la historia de nuestra literatura y conseguido dilatada popularidad: Tomás de Iriarte y Félix María de Samaniego. Pero será el siglo XIX el de mayor cultivo, con especial presencia en la transición del Romanticismo al Realismo.

Gutiérrez de Alba contaba sólo veintitrés años cuando dio a luz pública en Sevilla, en 1845, sus *Fábulas políticas*. La crítica le tributó unánimes elogios, tanto más, cuanto que el libro, que por su índole y sus tendencias parecía ser el fruto de un talento ya maduro y en extremo experimentado, era obra de un estudiante de Derecho que, bajo la inspiración del sentimiento patriótico, había sabido adivinar prematuramente lo que el hombre no suele aprender sino a costa de desengaños.

Así, en la reseña bibliográfica que apareció en la publicación sevillana de *El Jenio de Andalucía*¹³, se

13. Número 10, 15 de marzo de 1845, pág. 156.

decía: “El autor, demasiado joven y sin la experiencia que requiere tan considerable trabajo, se ha atrevido a presentar al pueblo una colección de fábulas populares o máximas políticas, que tal vez no bastarán para conseguir su objetivo. No tiene, repito, la experiencia necesaria. Su pluma es demasiado novel y sus conocimientos son poco profundos, pero en cambio tiene un corazón puro y sin mancha, ha nacido del pueblo, y al pueblo consagra todos sus afanes”.

Igualmente, Víctor Balaguer, en la revista madrileña *Semanario Pintoresco Español*¹⁴, comentó: “Estos días pasados se han anunciado unas *Fábulas políticas*, de D. José María Gutiérrez de Alba, joven del cual hemos leído algunas bellas composiciones en *El Duende*, periódico que con notable acierto dirige en Sevilla. Hemos leído la primera entrega de esta obra, que recomendamos a nuestros numerosos suscriptores”.

En la portada aparece que las *Fábulas políticas* están dedicadas por su autor “Al pueblo libre”, dedicatoria que desarrollará en dos octavas reales de manera desgarrada y altisonante nada más abrir el libro:

No a la opulencia, no al poder mezquino
place a mi lira consagrar mi acento;
porque la adulación no es mi destino,
ni de oro ni poder soy avariento.
A otro objeto más noble me encamino
lleno de orgullo y de temor exento;
que como soy del pueblo, al pueblo canto
de libertad el himno sacrosanto.

Recibe, pues, benigno este tributo
que te consagra fiel la lira mía:

14. Año X, 3 de agosto de 1845, pág. 247.

No lo desprecies, cogerás el fruto;
y si una vez la horrenda tiranía
quiere hundir a la patria en negro luto,
me verás el primero en ese día,
para romper el hierro que te abruma,
blandir la espada y agitar la pluma.

Como podemos ver, la dedicatoria es una premonición del tono y contenido que encontraremos a lo largo de las páginas del libro y resume perfectamente el ideal constante que definirá la vida del autor alcala-reño. Las veintinueve fábulas mantienen una sátira hiriente y aguda, que culminan con un “Canto a la libertad” escrito igualmente en octavas reales.

El objetivo que se marcó Gutiérrez de Alba con las *Fábulas políticas* otorgan a la obra cierto aire de actualidad teniendo en cuenta la distancia en el tiempo. Lo señala de manera clara Cristóbal de Pascual en el prólogo: “No solo se ha propuesto demostrar los vicios que se notan en los sistemas políticos de Europa, sino que ha intentado, por medio del apólogo, arraigar en el tierno corazón de la juventud española las semillas nacientes de amor a la libertad y odio a la tiranía, que las luces del siglo han esparcido, y que los rectos principios de la verdadera filosofía hacen florecer por do quiera”.

Las fábulas mantienen las reglas y leyes tradicionales de este género, con un estilo llano y familiar que, en el caso de Gutiérrez de Alba, tiende a cierto grado de prosaísmo. Las alegorías son ingeniosas y oportunas. Cada fábula termina con la consabida sentencia o moraleja, que, en nuestro autor, concentra toda la carga de intencionalidad política según el tema que se trate.

Así, en la fábula XVII, bajo el título “El monte y la encina”, critica ferozmente a la monarquía absolutista y concluye advirtiendo a los reyes de esta manera:

En vano del Creador las sabias leyes
orgullosa un monarca olvidará.
Sepa que pueblos hay, sin que haya reyes;
pero reyes sin pueblos nunca habrá.

O esta otra sentencia que encontramos en “El gallo y el cigarrón” (fábula XXVIII) denunciando la corrupción de los políticos y el doble rasero que se aplica ante un mismo delito:

No alcanza la compasión
al desgraciado mendigo
que roba solo un doblón;
y el que estafa una nación
queda luego sin castigo.

La métrica empleada por Gutiérrez de Alba a lo largo de las veintinueve fábulas es bastante heterogénea, aunque destaca especialmente el uso del romance, verso muy empleado en general en el conjunto de su producción poética.

Ediciones de *Fábulas políticas*

La presente edición de *Fábulas políticas* es una reproducción semifacsimilar de la segunda edición, publicada en Sevilla, en 1845, por el establecimiento tipográfico a cargo de Juan Moyano. De la primera edición, similar a la segunda y publicada en el mismo año, no se ha encontrado por el momento ejemplar alguno.

Es una edición que consta de veintinueve fábulas. Va precedida por una dedicatoria “Al pueblo libre” que el autor desarrolla en dos octavas reales. La obra termina con un “Canto a la libertad”, a manera de epílogo,

con una extensión de treinta y dos estrofas, escritas también en octavas reales.

Al terminar este canto, el autor señala el fin del tomo primero, lo que da lugar a suponer que existía el proyecto de publicar más fábulas en un segundo tomo. Sin embargo, esto no se produciría hasta mucho más tarde.

Así, en 1856, aparece una edición revisada y aumentada de las *Fábulas políticas* con el largo título de *Lecciones para el pueblo. Fábulas políticas o sean sinapismos, ventosas y cantáridas, aplicables a algunos enfermos de toda situación, con la historia de ocho animales célebres de la Isla de los Camaleones*. Fue publicada en Madrid por la imprenta de La Discusión, con domicilio en Carrera de San Jerónimo, 41.

Esta edición consta ya de cincuenta fábulas. Asimismo el autor sustituye la dedicatoria “Al pueblo libre” de las primeras ediciones por un romancillo pentasílabo y añade, después del prólogo, una introducción escrita en romancillo hexasílabo. Después del “Canto a la libertad”, Gutiérrez de Alba añade la curiosa *Historia de ocho animales célebres de la Isla de los Camaleones*, escrita en una heterogénea versificación.

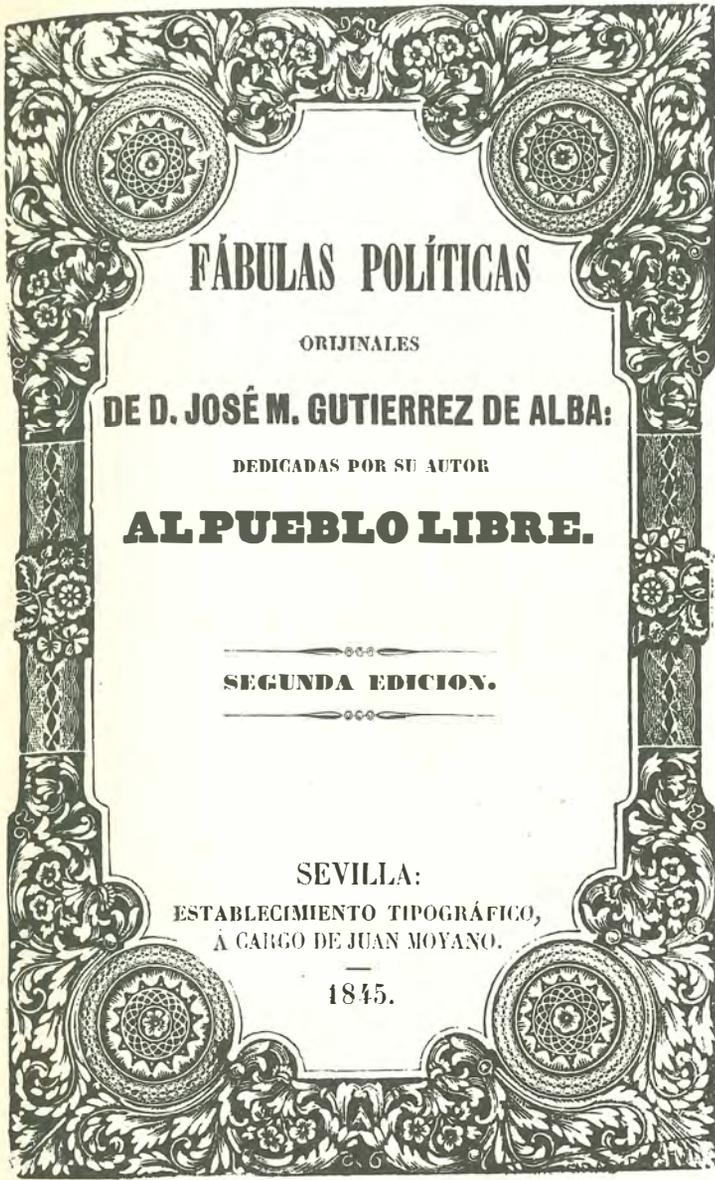
La edición de 1856 se encontró con los graves problemas de la censura del momento. Así, recién terminada la edición, el gobierno que había disuelto la representación popular se apoderó por medida gubernativa de todos los ejemplares y les dio el destino que creyó conveniente, no llegando a detener al autor alcalaño porque la policía anduvo un poco desorientada.

En 1857, aparece en Caracas una edición con el título también de *Fábulas políticas*, que consta sólo de veintiséis fábulas y sigue literalmente los textos de la de 1845. Fue impresa en la imprenta independiente de Tomás Cabrera, situada en la calle de Carabobo, núm. 70, de la capital venezolana.

Por último, en 1868, aparece en Madrid, a cargo de la imprenta de Manuel Minuesa (calle de Juanelo, núm. 19) *La política en imágenes*, que es una edición revisada de *Lecciones para el pueblo*. Mantiene las mismas cincuenta fábulas, pero son suprimidas la dedicatoria, la introducción y la historia de los animales, conservándose sólo al final el “Canto a la libertad”.

Para la presente edición de *Fábulas políticas* sólo se han reproducido por la técnica habitual de facsímil las ilustraciones y los numerosos elementos ornamentales que aparecen a lo largo de la edición de 1845. Por el contrario, el texto se ha vuelto a “picar” completamente, pero respetando al máximo el tipo de letra utilizado en el original y la ortografía de la época. Asimismo se ha mantenido tal cual la composición de las páginas. El ejemplar utilizado para el proceso facsimilar es el que se encuentra en la Biblioteca de la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla (Sig. An/237).

José Manuel Campos Díaz
Coordinador del Centenario
de Gutiérrez de Alba
Sevilla, 2 de diciembre de 1996



FÁBULAS POLÍTICAS

ORIJINALES

DE D. JOSÉ M. GUTIERREZ DE ALBA:

DEDICADAS POR SU AUTOR

AL PUEBLO LIBRE.

—•••—
SEGUNDA EDICION.
—•••—

SEVILLA:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
A CARGO DE JUAN MOYANO.

—
1845.

FÁBULAS POLÍTICAS.

DEDICATORIA.

AL PUEBLO LIBRE.



JOSE M^o GUTIERREZ DE ALBA 

*No á la opulencia, no al poder mezquino
Place á mi lira consagrar su acento;
Porque la adulación no es mi destino,
Ni de oro ni poder soy avariento.
A otro objeto mas noble me encamino
Lleno de orgullo y de temor ecsento;
Que como soy del PUEBLO, al PUEBLO canto
De **LIBERTAD** el himno sacrosanto.*

*Recibe, pues, benigno este tributo
Que te consagra fiel la lira mia:
No lo desprecies, cojerás el fruto;
Y si una vez la horrenda tiranía
Quiere hundir á la Pátria en negro luto,
Me verás el primero en ese dia,
Para romper el hierro que te abruma,
Blandir la espada y ajitar la pluma.*

EL AUTOR.



PRÓLOGO.

Duplex libelli dos est, quod risum movet,
et quod prudenti vitan consilio monet.
Calumniari si quis autem voluerit,
quod arbores loquantur, non tantum ferae,
fictis jocari nos meminerit fabulis.

Fedrus in introductione fabularum Aesopi

Esta obra es propiedad de su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima, y no reconocerá por suyo ningun ejemplar que no lleve su firma



sopo de Frigia, nombrado Locman por los árabes, según el juicio de los mas profundos é inteligentes críticos, fué el primero de los filósofos antiguos, que se vió en la dura necesidad de envolver con el velo de la alegoría ciertas atrevidas verdades, que las preocupaciones de la sociedad calificàran de duras y punzantes. Sucedióle en esta àrdua empresa Fedro de Tharacia liberto de Augusto, quien dando delicadas formas à la obra de aquel célebre esclavo,

II

nos dejó cinco libros de fàbulas, repertorio de màximas saludables, que ha servido de modelo à los sabios y de elemento de educacion en las escuelas por el espacio de muchos siglos.

En los tiempos modernos no han faltado personajes ilustres, que sigan la senda trazada por aquellos padres de la fàbula. Descuella entre todos el celebèrrimo Lafontaine, así por la facilidad y correccion de su estilo, como por la gracia y utilidad de sus composiciones; pero tanto él, quanto todos los demas escritores de su jénero, no extendieron el imperio de su censura alegórica fuera del limitado círculo de las costumbres domésticas, los usos familiares y la moral privada; y si tal vez arriesgaron alguna pincelada sobre los asuntos públicos, esto fué aisladamente y à la lijera, como con razon lo nota el satírico Juan Bautista Casti en el prefacio de sus apólogos. Este célebre poeta italiano, nacido en la pequeña villa de Montefiascone à mediados del siglo XVIII, se propuso revelar por medio de la fàbula los vicios de los sistemas políticos, el ridículo de los abusos en ellos introducidos y los medios mas eficaces de estirparlos. Y en verdad en verdad que logro su noble anhelado objeto en el inmortal

III

poema titulado «*Los Animales Habladores*», à que dió la última mano en Paris en el año de 1800, y en los diversos apólogos que ha legado à las presente y sucesivas jeneraciones.

Nuestro digno amigo, el jóven literato D. José María Gutierrez de Alba, ha pasado mas adelante en la espinosa y àrdua senda, que trazaron los célebres escritores, à quienes indudablemente ha tenido por modelo. No solo se ha propuesto demostrar los vicios que se notan en los sistemas políticos de Europa, sino que ha intentado, por medio del apólogo, arraigar en el tierno corazon de la juventud española las semillas nacientes de amor à la **LIBERTAD** y ódio à la tiranía, que las luces del siglo han esparcido, y que los rectos principios de la verdadera filosofía hacen florecer por dó quiera. Deseando nuestro jóven amigo sobrevivir à su obra, no ha descendido al lodazal de las aplicaciones apasionadas ni de las alusiones mezquinas, cuyo interes nunca es jeneral ni largamente durable. Las màximas que establece son de aplicacion universal, las doctrinas que asienta altamente filosóficas y de utilidad incuestionable, sin herir à persona determinada ni aludir à cuerpo ó institucion especial.

IV

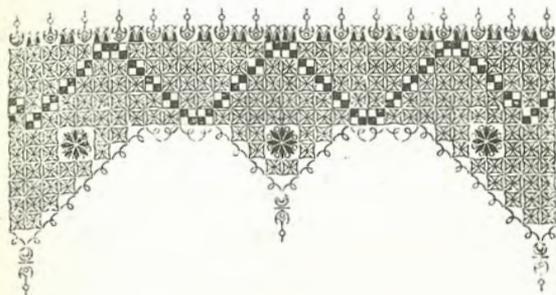
En nuestro concepto, es altamente moral y de todo punto plausible el pensamiento del señor Gutierrez de Alba. Su obra, de estilo sencillo y correcto y de versificación fácil y sonora, es à todas luces estimable, y sería muy conveniente à la sociedad à quien se dedica, que un gobierno merecedor de este nombre, la acojiese bajo su protección, y la destinase à la ilustración de la juventud en las escuelas públicas.

Réstanos solo hablar de la oportunidad de la obra. Según Séneca, esta clase de escritos alegóricos es peculiar à los periodos en que los escritores carecen de la libertad necesaria para emitir sus pensamientos con absoluta franqueza. En los tiempos de la república no se publicó en Roma apólogo alguno, y solo aparecieron con profusión cuando los ciudadanos de aquel pueblo grande doblaron el cuello ante la tirànica majestad de los emperadores. La Europa, que contempla nuestra situación, puede decidir en su alto juicio, si D. José María Gutierrez de Alba ha podido elegir mejor ocasión para espresar sus pensamientos por medio de la fábula.

Cristobal de Pascual.



EL PERAL.



FÁBULA I

EL PERAL.

Un buen padre cierto dia
cariñoso preguntaba
á dos hijos que tenia:
¿Qué en un terreno plantaba,
que allí cerca poseia?

Tengo pensado, añadió,
plantar en él un peral;
y un hijo le contestó:
Lo mismo he pensado yo.
Plantadle, no hareis muy mal.

El terreno está baldío,
nada produce, haceis bien:

de este modo, padre mio,
lugar ameno y sombrío
nos dará, y frutos tambien.

Mas el otro que escuchaba
el parecer de su hermano,
con él no se conformaba,
y así al padre replicaba:
os vais á cansar en vano.

Lō que así la suerte os dió,
no penseis en reformar;
de este modo opino yo:
así el cielo la crió,
y así la debeis dejar.

Vuestros padres la heredaron,
como vos, de sus mayores,
y nunca la cultivaron,
y así á vos os la entregaron
por no ser innovadores.

No es esa tierra á fé mia
para tal árbol criada:
vuestro afan no premiaría;
y al fin ¿qué produciría,
siendo tan estéril? Nada.

El padre con atencion
de la boca de su hijo
escuchó esta alocucion,

y, lleno de admiracion,
de esta manera le dijo:

¿Qué prueba que mis abuelos
despreciada la tenian?
Eso no me dá recelos.
¿Sabes tú, iviven los cielos!
si acaso la conocian?

Pues tanta yerba produce,
que sea estéril, no concibo:
de esto muy bien se deduce,
que es fértil, si se introduce
á mejorarla el cultivo.

Plantadle, dijo el primero,
pues mi hermano desvaria:
y vereis, cual yo lo espero,
si el cultivo es con esmero,
qué hermoso peral se cria.

Mucho el otro porfiaba,
defendiendo con teson,
cuanto su fuerza alcanzaba,
que errado jiro llevaba
del padre la pretension.

Mas este, sin contemplar
la oposicion de su hijo,
la tierra hizo preparar,
y el árbol mandó plantar,

que al otro dió regocijo.

Pero el que opuesto se habia,
al ver que el peral brotaba,
por sustentar su mania,
con saña brutal é impía
los vástagos le arrancaba.

Nadie al infame observó;
y así pasó una semana,
y un mes y otro mes pasó
cuando el padre una mañana
á sus dos hijos llamó,

Y así les dijo: En verdad
el tiempo me ha convencido;
id, y el árbol arrancad;
y pues no hay feracidad,
quede el terreno perdido.

La esperanza no se pierde,
el hijo bueno éclamó.
No el arrancarlo se acuerde;
que si hasta ahora no brotó,
aun tiene el corazon verde.

Desde hoy por él velaré:
nada el trabajo me importa.
Aquí hay traicion, bien lo sé;
mas quizás descubriré
quien los vástagos le corta.

Hízolo así; y á observar
se puso desde aquel dia,
y vió á su hermano cortar
con audacia singular
las ramas que producía.

Al padre al punto llamó;
y así le dijo: No en vano
nunca el peral progresó:
ved, las ramas que brotó
cual las arranca mi hermano.

Sujetadle, si quereis
verle lozano y frondoso;
así lo conseguireis:
y al cabo recogeréis
fruto abundante y sabroso.

Encerró el padre al mal hijo,
y al punto el peral creció.
La tierra feraz bendijo.
Fruto abundante cojió,
con plácido regocijo.

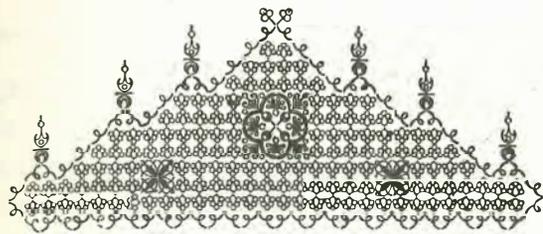
PUEBLO: *las voces que oirás
á hombres viles nada importan.
Tu LIBERTAD guardarás,
y el fruto recogerás,
si las ramas no le cortan.*

1894-1895



E. I.

LA SANGUIJUELA Y EL CARNERO.



FÁBULA II

LA SANGUIJUELA Y EL CANGREJO

De un arroyuelo en la frondosa orilla
Llena de tierna y fresca yerbecilla
Un lucido carnero
Estaba una mañana de Febrero,
Que, de sed acosado,
Al límpido raudal se había acercado.

Llegó el pobre, y apenas
Pisaron sus pezuñas las arenas,
Su cornuda cabeza eleva al cielo,
Clamando con amargo desconsuelo:
— ¡Oh Dioses inmortales,

Que me ofreceis á un tiempo tantos males,
Decid ¿en qué he pecado
Para haber vuestro enojo así probado?
¿Por qué en tan clara fuente
No puedo yo apagar mi sed ardiente?
¡Ah! Dejad que algun dia
Beba una sola vez, cual yo solia.

Esta plegaria tierna
Hubiera sido eterna,
A no haberla al instante interrumpido
Otro animal que todo lo habia oido;
Y este animal, pues siempre hay quien se duela
Era una compasiva sanguijuela,
Que, al oir su clamor tan lastimero,
Estas palabras dirijió al carnero:

— Señor cornitorcido,
¿Qué causa os mueve á dar tanto jemido?
Si la sed os apura,
¿No está aquí esta corriente fresca y pura?
A hartaros os convida;
Llegad, no os detengáis por vuestra vida,
El carnero miróla atentamente,
Y así le contestó muy dilijente:
— Hermana, bien lo hiciera
Si un grande impedimento no tuviera;
Pero habeis de saber, señora mia,

Que mi suerte impía
Me ha salido un tumor en el gaxnate
Que es poco mas pequeño que un tomate.
Y beber á mis anchas no me deja:
Ese es el mal, señora, que me aqueja.
— Y por causa tan poca...?

Eso es, señor carnero., una bicoca,
La sanguijuela al punto le responde.
Si os quisieréis curar, decidme donde
Teneis ese tumor, que así os inquieta;
Pronto vuestra salud será completa.
Dejadme, que yo chupe,
Y ese lugar de sangre os desocupe.
¡Vaya, pues está buena!

Si lo dejais os sale una gangrena.
El infeliz carnero convencido,
Viéndose con el mal tan abatido,
El hocico hasta el agua pronto inclina,
Diciéndole: Aplicad la medicina.

La sanguijuela ansiosa
Por la lengua se sube presurosa,
Y principia á chupar; pero chupaba
Lejos del sitio, donde el mal estaba.

Luego que se vió llena
De la sangre mas pura de una vena,
Desprendióse inclemente,

Y se perdió lijera en la corriente,
Dejando al infeliz por consecuencia
Con menos sangre y con mayor dolencia.

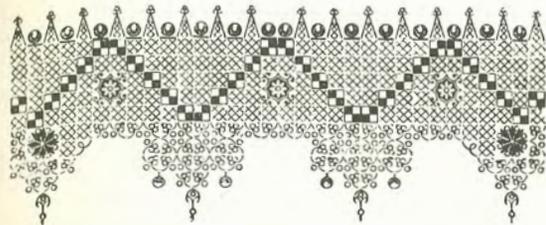


*¡Cuántos son, pobre PUEBLO, los traidores
Que prometen curarte tus dolores,
La LIBERTAD angusta proclamando;
Y luego apostatando,
Si llegan al poder que ambicionaban,
Tu sangre chupan, tu dolor agravan.*





EL PERRO INFIEL.



FÁBULA III

EL PERRO INFIEL

Un pastor iba alegre
en busca del ganado,
después de haber tenido
un día de descanso
al lado de su esposa
y sus hijos amados;
mas, apenas del pueblo
se retiró unos pasos,
al lado del camino
en un bosque cercano,
metido entre las ramas

de un lentisco acopado,
sintió que se movía,
dando un quejido vago,
un ser que por desgracia
allí habian arrojado.

A lástima movido
fué el pastor escuchando,
hasta llegar ansioso
al lugar indicado,
donde, abriendo las ramas,
miró icuál fué su pasmó!
un hermoso perrito
como la nieve blanco,
recien nacido apenas,
cuando ya abandonado.
Levántale, y contento
con tan feliz hallazgo,
al redil se encamina
con el perro en los brazos.
Será un mastin soberbio,
decia entusiasmado:
y es de muy buena casta,
iqué fornido! iqué ancho!
ó este ha de ser valiente,
ó mucho yo me engaño.

Por fin en la cabaña

del pastor al cuidado
creció el animalillo
hasta hacerse un perrazo.
Los lobos le temian,
y de él siempre acosados,
ninguno se acercaba
á asaltar el rebaño.

Un dia fué siguiendo
á un lobo viejo y cano;
pero al llegar al bosque,
quedóse este parado,
y, buen perro, le dijo,
deten un poco el paso,
porque quiero que escuches
un consejo muy sano.
Si quieres, reñiremos
despues que haya acabado.

El perro se detuvo,
mas por cierto admirando
que el lobo le quisiera
dar consejos, y al cabo
á oirle se decide
aunque con gran trabajo,
y escuchó estas palabras
de los lobunos lábios:
— Lástima me dá verte,

¡buen perro! ¡bien plantado!
 y á fé que tienes nervio
 y valor nada escaso;
 mas dime: ¿qué te pasa,
 para comer, tu amo?
 — A mí, contestó el perro,
 de pan un gran pedazo.
 — ¿Premia eso, dijo el lobo,
 tu constante trabajo?
 ¿Cuánto mejor te fuera
 vivir libre en el campo,
 sin amos que te riñan,
 y ecsento de cuidados?
 Esa vida monótona
 de guardar el rebaño
 no es la que corresponde
 á un perro, cual tú, bravo.
 Si conmigo te vienes,
 tendrás la carne á pasto,
 y no el pan miserable,
 negro, duro y tasado.
 Deja esa mala vida,
 que ya sufriste harto;
 y pues que no te premia,
 cual mereces, tu amo,
 á su miseria misma
 déjale abandonado.
 Con él no serás nada
 conmigo serás algo.

Este discurso al perro
 no le iba disgustando;
 pero temo, le dijo,
 ser con mi dueño ingrato
 pues le debo la vida,
 y él fué siempre mi amparo.
 — Nécio, replica el lobo,
 bastante le has pagado.
 Vente, pues, con nosotros,
 tú serás nuestro hermano,
 tendrás buen alimento,
 todo andará sobrado;
 la carne es muy sabrosa,
 de tí digno regalo.
 En esta misma noche
 iremos al rebaño,
 y la mejor obeja
 haremos nuestro plato.
 — Yo serviré de guia,
 dijo el perro ecsaltado:
 Ya soy vuestro, buen lobo,
 llega, dame un abrazo:
 fuera necios escrúpulos,
 quiero vivir holgado.
 Al punto que supieron
 los lobos aquel caso,
 todos mil parabienes
 al perro fueron dando,
 y con sus alaridos

la fiesta celebraron.

Al fin la noche llega:
con silencioso paso
del perro precedidos
hasta el redil llegaron,
y la abeja mas gorda
se llevan sin cuidado.
El pastor no los siente,
ni los perros ladraron,
al ver al compañero
entrar en el rebaño.

Ya de vuelta en el bosque,
la presa prepararon,
y el perro se apercibe
á tomar su pedazo.
Entonces se levanta
el lobo viejo y cano,
diciendo: Al presidente
toca hacer el reparto:
y así, yo debo hacerlo,
pues soy el mas anciano.

Hechas las particiones,
al perro desdichado
entregan por la suya
las orejas y el rabo.

Viéndose por los lobos
de este modo engañado,
la venganza les jura,
ya que así le burlaron.

Corre hacia la cabaña,
se echa á los pies del amo,
y arrepentido y triste
le dice: — Yo he pecado;
pero en cambio os ofrezco,
si mi perdon alcanzo,
traeros á los lobos,
y en la red encerrarlos.
Estad vos prevenido,
no escape ni un malvado.

Dijo: y tomando el trote,
al bosque llega ufano,
y á los lobos reúne,
de esta manera hablando:
— Preciso es que esta noche
demos un buen asalto,
que el pastor está ausente,
y podemos lograrlo.

Yo llegare delante
para abriros el paso;
cada lobo una obeja;
de la mia me encargo,
á ver si de este modo
me toca un buen pedazo.

Los lobos le creyeron,
y le siguen incáutos;
llegaron á la trampa,
y allí presos quedaron.
Los pastores acuden

con armas y con palos,
y en muy pocos momentos
ni uno vivo dejaron.

Un pastor dijo entonces
¿y el perro le matamos?
¡Muera! gritaron todos,
como traidor ingrato.

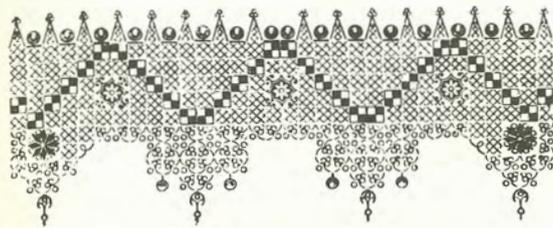
El mastin suplicaba,
mas suplicaba en vano;
porque el dueño le dijo
con un acento airado:
— Yo te salvé la vida,
y me vendiste en pago:
luego á esos infelices
entregaste en mis manos:
mañana, si te dejas
en libertad, acaso
volverás á venderme.
No hay compasion; matadlo.
Y á repetidos golpes
murió el desventurado.



Esta fábula ioh PUEBLO!
te enseñará á ser cáuto.
No te entregues al hombre
que fué una vez ingrato.
Quien vende á sus amigos
como el perro merece ser tratado.



Las Mujeres con Mando.



FÁBULA IV

LAS MUJERES CON MANDO

Contaba una antigua historia,
(del lugar yo no me acuerdo)
que una ocasion las mujeres
de los hombres escijieron,
que las dejaran el mando
tan siquiera un año entero,
para probar, si servian
las hembras para el gobierno,

Los hombres muy confiados
á su demanda accedieron;
que pocos hombres se niegan

de una mujer á los ruegos.

Al punto se convocaron
todas con grande contento,
y à las tres mas ilustradas
dieron el mando supremo.

Juntàronse estas un dia,
en que un interés inmenso
del pueblo, que gobernaban,
reclamaba su concejo,

El tribunal femenino
al punto estuvo dispuesto,
y à la sala de sesiones
llevó cada cual su perro.

Pero en lugar de tratar
de aquel asunto propuesto,
una de ellas dijo á otra:
¿Sabes, mujer, lo que advierto?
que es muy blanco tu perrito.
— No es blanco, sino muy negro,
contestó la interpelada
con ademan descompuesto.
— Las dos errais, la tercera
esclamó; porque el faldero
no es negro, tampoco blanco,
que es rubio, y esto es lo cierto.

Y entre si es blanco, ó es rubio,

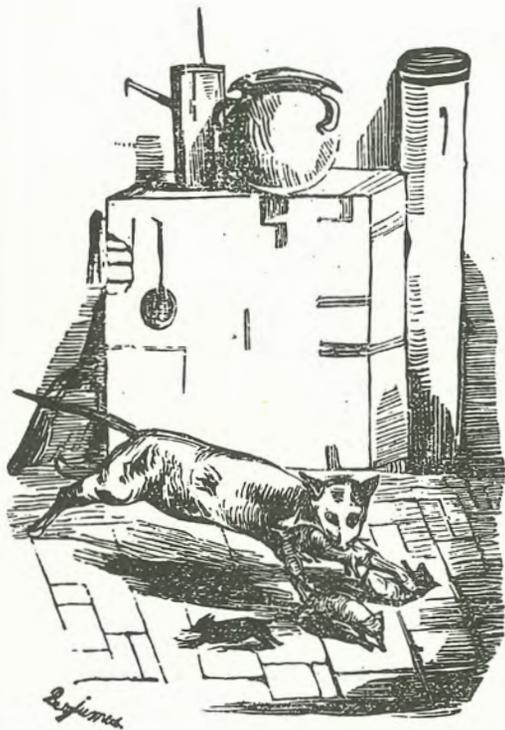
y entre si es rubio, ó es negro,
armaron tan gran disputa
que, los hombres, que esto vieron,
esclamaron asombrados:
¡Qué diablos estais haciendo!
Si en asuntos tan mezquinos
malgastais estos momentos,
¿cómo habeis de hacer felices
á los que el poder os dieron?

— — — — —
*Esto debe preguntarse
á los hombres del Congreso,
que en supérfluas discusiones
gastan la atencion y el tiempo,
posponiendo á sus caprichos
los intereses del PUEBLO.*

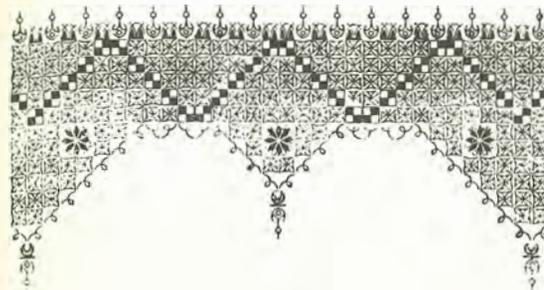


EL C

Q
V
C
D
D
V
D
Y
A



El Camaleón, el Gato y los Ratones.



FÁBULA V

EL CAMALEÓN, EL GATO Y LOS RATONES

Sabido es ya, carísimos lectores,
Que des que los ratones y los gatos
Vinieron à este mundo,
Contínuo han sido aquellos proveedores
Del estómago de estos, sus señores.

Un raton sin segundo,
De largo rabo y de vivaces ojos,
Viendo los malos tratos
Que del fiero enemigo recibian,
Y que padres y hermanos sucumbian
Al hambriento furor de sus enojos,
A la turba ratónica convoca,

Y lanza estas palabras de su boca:

¡Oh vosotros, ratones impertérritos,
Gloria y honor de la ratona jente,
Escuchad con ardor mi justo enojo
Desde el mas apocado al mas valiente,
Y asombre vuestro arrojo,
Y admiren vuestros méritos
A presentes, futuros y pretéritos.

Un gato infame en esta casa habita,
De colmillo afilado y de uña larga,
Y que hambriento y cruel se precipita,
Y su furor descarga
Sobre cualquier raton que, descuidado,
En buscar su racion està ocupado.

En vano, en vano encarecer quisiera
A mi auditorio ratonil, atento,
Con voz tronante y con terrible acento
Los tormentos atroces que, esa fiera
Con diabólica traza
Ha acarreado à nuestra noble raza.

Vésele arrebatat con saña ruda
En su boca feroz y bigotuda
Un padre honrado, que papeles lleva,
queso y pan à su escondida cueva.
Ya el hijo tierno, apenas ha salido
A ver la luz del sol fuera del nido,

Y ya la dulce esposa, que ayudaba
Siempre à su esposo, y que roer buscaba.

Esto se vé contínuo en nuestra mengua;
Con nuestra sangre engorda y se regala,
La víctima el postrer aliento ecsala
Entre su paladar y entre su lengua;
Y es su sepulcro vil su inmunda panza:
Ratones, libertad, muerte y venganza!!!

Tal impresion hicieron
Estas palabras, que el raton decia,
En los demas ratones que lo oyeron,
Que hasta una ratoncillo pelicana,
Que se halló por fortuna en la jarana,
Se entusiasmó de suerte,
Que con voz femenil y gran chillido,
Yá guisa de escorpion su rabo erguido,
Con enfático acento repetia:
¡Gloria, ratones, libertad ó muerte!
¡Ó muerte, ó libertad! todos ufanos
Gritan, y que perezcan los tiranos.

Entonces el raton viejo y machucho,
Como raton mas ducho
En tan árduas materias,
Dijo, hinchando de sangre las arterias:
No consiste, señores,
Todo en gritos de rábia atronadores;

Que para tal asunto
Preciso es discutir punto por punto;
Pues sin esto de nada nos valiera,
Que gritáramos todos, imuera! imuera!

Forzoso es que primero
Un medio discurramos,
Sin que en él nuestras vidas espongamos,
Para dar muerte al enemigo fiero.
Proponga cada uno
Lo que Juzgue será mas oportuno.

A esta voz se levanta un ratoncillo,
Y despues de atufar su vigotillo,
Dijo con voz de tiple á la asamblea:
— Escuchen todos con atento oido:
Para alcanzar el fin que se desea,
He descubierto un plan grande, atrevido.
El honraré la ratonil historia.

Muy digno galardón á tal victoria.
Y saltando de un brinco
En medio de la junta ratonera,
Los principió á contar de esta manera:
Estamos uno, dos, tres, cuatro, cinco;
Y así siguió contando uno por uno,
Sin que en la suma se escapara alguno.

Despues que hubo ajustado bien la cuenta,
Hasta llegar al número cincuenta,

Esclamó: ahora veremos los valientes,
Afilemos los dientes,
Hagamos buena punta á los colmillos,
Agucense las muelas al momento.
Para que así logremos nuestro intento,
Nombremos los caudillos;
No haya mas dilacion ni mas tardanza,
Y al ver que el enemigo fiero avanza,
Acometamos juntos de tal suerte
Con ánimo esforzado,
Que no pueda librarse de la muerte,
Cada ratón sacando su bocado.

Que es valiente el ratón bien se divisa,
A una voz esclamaron los ratones;
Pero en vez de entusiasmo, sus razones
Solo causaron risa.

Entonces otro ratón salió á la arena,
(Y por poco al salir se descalabra)
Esclamando con voz sonora y llena:
— Pido á mis compañeros la palabra.

Ellos se la otorgaron,
Y de aquel orador esto escucharon:
— Seré breve, señores,
Y aunque parezca ajeno
Querer usar un medio de traidores,
Es mi opinion que se le dé un veneno.

No fueron acogidos
 Sus votos, como el pobre lo esperaba,
 Pues la voz por do quiera se escuchaba,
 De «Eso no es de ratones bien nacidos».

A este punto el raton de largo rabo,
 Que convocara el ratonil concurso,
 Dijo: Allà vá, señores, mi discurso;
 Atencion y silencio; pronto acabo.

Me parece prudente,
 Para que no se esponga nuestra jente,
 Que hagamos un gran hoyo muy profundo
 Por donde pasa el enemigo inmundo;
 De tal modo encubierto,
 Que, al pasar por allí, se hunda hasta abajo,
 Y no pueda salir ni aun con trabajo.
 Le acechamos, y al punto que se coja,
 Todo el escombros encima se le arroja.
 Creo que lo he pensado con acierto;
 Porque en caso que salga, saldrà muerto.

Su dictámen al punto fué aprobado,
 Y sin sustos, sin ansias, ni zozobra
 Comenzaron su obra.

Pero un camaleon, que junto estaba.
 Y todo lo escuchaba,
 Sin que ellas se temiesen tal testigo,
 Llamó al gato al instante,

Y con triste semblante
 Le dijo. — Quiero hacerme vuestro amigo,
 Porque aquí, como vos, nadie hay tan fuerte.
 Yo os salvaré la vida,
 Vos me defendereis hasta la muerte,
 Y cubierto, señor, con vuestra ejida,
 Dichosa y sin igual será mi suerte.

Habeis, pues, de saber, que los ratones
 Os preparan con malas intenciones
 Una trampa infernal, donde caigais,
 Y ahogado por escombros sucumbais.
 A salvaros el cielo me destina:
 Id, que juntos están en la cocina.

Corrió el gato al momento
 Al sitio, que el infame le marcaba,
 Y halló que, en gran contento
 La ratonesca jente trabajaba,
 Y que decian con acento ufano:
 “Acabemos la tumba del tirano.”

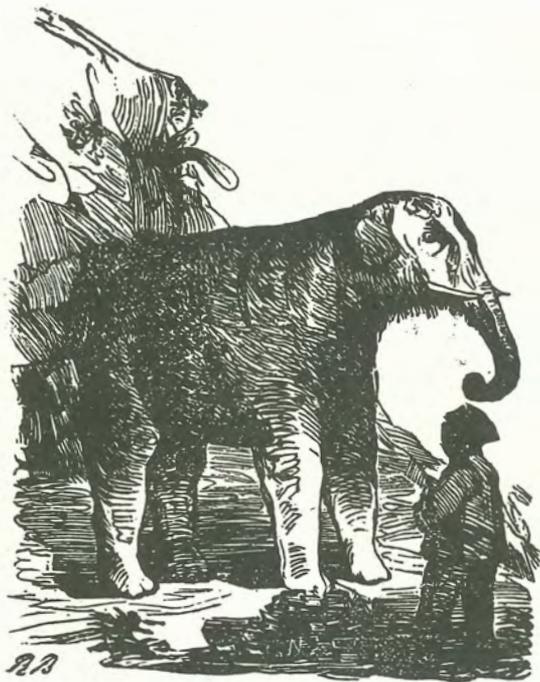
Apena estas palabras oyó el gato,
 Se acerca con recato
 Al hoyo, donde estaban los ratones,
 Gozando en sus doradas ilusiones,
 Confiados en vez de estar alerta.
 Apostóse en la puerta,
 Y cuando iban saliendo,

Unos iba matando, otros comiendo;
Dándose tanta traza,
Que acabó en un instante aquella raza,
Que perdió à un tiempo libertad y vida,
Por hablar donde pudo ser oida.

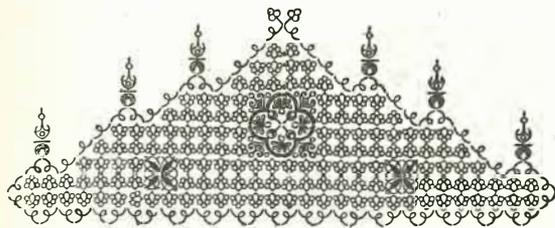


*PUEBLO, mira tu suerte en los ratones;
Que en nuestra pobre España
Muchos hombres, inmundos camaleones,
Para medrar se valen de esta maña.*





EL HOMBRE Y EL ELEFANTE.



FÁBULA VI

EL HOMBRE Y EL ELEFANTE

Un elefante
domesticado
y hartopreciado
de su poder,

Libre en el campo
se paseaba
y así esclamaba
con gran placer:

¡Quién á mis fuerzas
pone la ley!

yo soy el rey
de la creacion.

Miro á mis plantas
tígres sobérbios,
porque mis nervios
de bronce son.

— —

¡Cuánta pujanza
en mi se encierra!
Tiembla la tierra
bajo mi pié.

Con este brio,
si así lo quiero,
al mundo entero
subyugaré.

— —

Mas ¿por qué sufro,
siendo tan bravo,
vivir esclavo
sin voluntad?

Por qué en el polvo
la frente hundida,
miro perdida mi libertad?

— —

Ya llegó el tiempo,

ya al cielo plugo
romper mi yugo.
Libre nací.

Y pues tú ¡oh suerte!
tal lo dispones
no hay mas prisiones
ya para mí.

— —

Pero á este instante
un hombre osado,
apresurado
se le acercó;

Y sobre el cuello
con faz serena
una cadena
firme le echó.

— —

El bruto airado
con gran desprecio
díjole: necio,
¿qué vas à hacer?

Aprisionarme?
¡Grande es tu yerro!
¿No ves que el hierro
puedo romper?

— —

¿Piensas acaso
que á mi bravura
tal ligadura
sujetará?

Mucho te engañas;
porque estos lazos
en mil pedazos
convertirá.

— —

El hombre entonces
al elefante
un breve instante
consideró;

Y contemplando
su poderío,
su ceño impío
quizás temió.

— —

Pero mirando
que se dormía,
y alarde hacia
de no temer,

Los hierros dobla,
para oprimirle,
y así rendirle
á su placer.

El elefante,
despierto apenas
de sus cadenas
al peso atroz,
Lanza en su torno
una mirada
inquieta, airada,
torva, feroz.

— —

Tarde conoce
ya su imprudencia;
y en la vehemencia
del frenesí,

Así exclamaba
lleno de espanto:
“¡Ay, cielo santo,
triste de mí!

— —

Que aun siendo libre
me adormecía,
y no temía
tanta crueldad.

¿Para qué quiero
ya mi pujanza,
si ella no alcanza
mi libertad?

El primer hierro,
que me oprimiera,
roto lo hubiera
con prontitud;

Y hora en el mundo
libre me hallara,
y no llorara
mi esclavitud.”

— — —

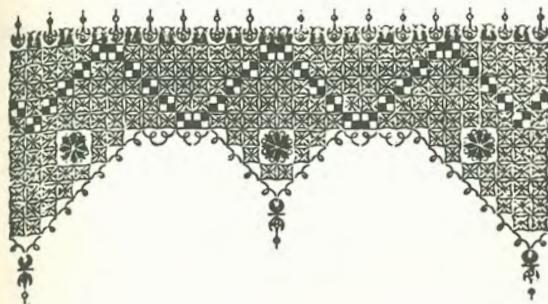
*Si el PUEBLO sufre
la tiranía,
porque confía
en su poder;*

*En vano luego
de su verdugo
el fuerte yugo
querrá romper.*





LAS ABEJAS.



FÁBULA VII

LAS ABEJAS

En el interior de un bosque
un viejo tronco existía,
restos que el tiempo dejara
de una corpulenta encina.

Allí una enjambre de abejas
sus panales escondía,
hallando en el hueco tronco
taller al par que guarida.

Cercana del bosque estaba
una hermosa pradería,
que encerraba entre sus flores

mucha miel, que recojian.

Las infelices abejas
no descansaban ni un día,
aglomerando tesoros
de miel abundante y rica.

Y dentro de la colmena
los abejorros que habia,
con ella se regalaban
sin trabajo y sin fatigas.

Mas llegó una primavera
en que tormentas impías
del campo todo arrasaron
las nacientes florecillas.

En vano eran los afanes
que las abejas tenian,
por llenar los almacenes
para sustentar sus crias.

En la floresta agostada
ni una sola flor habia,
y las cortas provisiones
casi agotadas se vian.

Entonce á los abejorros
se llegaron muy sumisas,
suplicando que, acortasen
la racion, que percibian.

Pero estos muy indignados

responden: ¡Canalla impía!
A quien os manda y protege
debeis la hacienda y la vida.

Nada haceis en ofrecernos
lo que nuestro gusto ecsija;
y así, pues, desde mañana
pagareis doble medida.

Así sucedió en efecto:
llegado el siguiente día,
los abejorros tomaron
la racion doble y cumplida.

Faltos al fin los panales
de la miel que contenian,
fueron del hambre muriendo
las pequeñas abejillas.

Los padres se refujaron
à otras colmenas vecinas,
de los zànganos huyendo
la alevosa tiranía.

Y estos luego, abandonados
del pueblo á quien oprimian,
murieron de hambre en castigo
de su insaciable avaricia



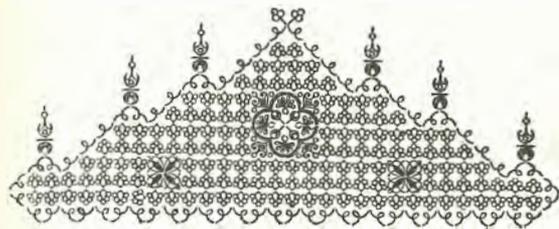
*Tu llegarás á este estado,
¡oh PUEBLO! si no esterminas*

*los hambrientos abejorros
que à escacciones te acribillan,
sin darte otra recompensa,
que labrarte tu ruina.*





Los Lobos Viejos y los Jóvenes.



FÁBULA VIII

LOS LOBOS VIEJOS Y LOS JÓVENES.

Escuchad, que se me ha ocurrido un cuento,
Que no es justo por Dios, desperdiciarlo;
Y pues que ha de valer quizás por ciento,
Atencion me prestad: voy á contarlo.

Érase, pues, un bosque muy espeso
En medio de una sierra dilatada,
Donde huyendo el olfato del sabueso,
Su albergue fabricó cierta lobada.

Esta pequeña grey se componia
De lobos viejos de embotados dientes;
Y entre estos, otros jóvenes habia

De gallarda apostura y muy valientes.

Al bosque, que dejamos mencionado,
Una fértil campiña rodeaba,
En la cual un pastor ya escarmentado
Su pequeño rebaño apacentaba.

Pero una noche, que al redil volvía,
Llevando su ganado por delante,
Oscurecida ya la luz del día,
Quedósele una oveja muy distante.

Prosiguió la manada su camino,
Sin notar el pastor la extraviada,
Que ya en la oscuridad, perdido el tino,
De fortuna à merced quedó entregada.

Apenas se encontró sola y sin guía,
Viendo el peligro à que se hallaba espuesta,
Temió; y solo del miedo que tenía,
A correr principió por la floresta.

Mas viendo que el rebaño no encontraba,
Comenzó à dar al viento sus balidos;
Y à favor del silencio, que reinaba,
De los lobos al fin fueron oídos.

Apenas sus clamores escucharon
Toda la grey lobuna se alborota;
Y gozosos al punto se juntaron,
Para tomar del valle la derrota.

Impávidos salieron los mas viejos

En busca de una senda conocida;
Però viendo à los jóvenes perplejos,
Seguid: les dicen, que esta es la salida.

Entonces uno de estos se adelanta,
Esclamando los jóvenes guiaremos;
Que la jornada por aqui no es tanta,
Y un camino mas próximo sabemos.

¡Insolentes! los viejos esclamaron:
Muy grande es ¡vive Dios! vuestro demencia
Vuestros necios caprichos os cegaron.
Respetad el saber en la esperiencia.

Esta senda sirvió à nuestros mayores.
¿La dejaron jamas abandonada?
¿Y nosotros quizás somos mejores?
¡Inesptos! seguid nuestras pisadas.

¿Y no mirais, los jóvenes replican,
Que el seguimos es grande desatino?
Que sean nuevas las sendas, nada implican,
Si la mitad ahorran del camino.

¿No mirais que, quizas cuando lleguemos,
Habrá el pastor contado su manada,
Y sin presa, pardiez, nos hallaremos,
Por seguir esa senda dilatada?

Insensatos: seguid nuestros consejos
Y el capricho dejad, que os alucina:
Esclaman con furor los lobos viejos;

Que à guiaros el cielo nos destina.

Los jóvenes al fin se decidieron,
Visto el tenaz empeño que mostraban;
Y à la turba fanática siguieron
Por la senda fatal, que les marcaban.

Llegan à la pradera inútilmente;
Porque antes el pastor oyó el balido,
Y, volviendo à aquel sitio dilijente,
La obeja recojió que habla perdido.

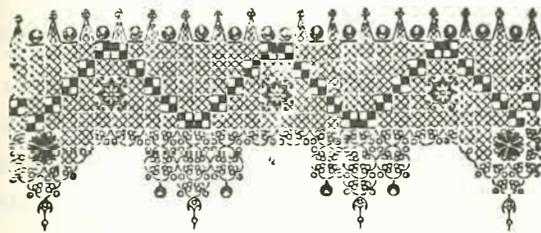


*Este cuento una mácsima os ofrece:
Al jóven seguireis y no al anciano.
Para alcanzar un bien, que se apetece,
Es el mejor sendero el mas cercano.*





La Madre, el Niño y la Culebra.



FÁBULA IX

LA MADRE, EL NIÑO Y LA CULEBRA.

Cierta madre criaba
A su abundante pecho
Un hijo, á quien tiernísima adoraba,
Y en su mullido lecho
Y entre sus tiernos brazos lo abrigaba.
Mas, con astucia, una culebra impía
Que cerca de la cama se escondía,
Cuando la madre se entregaba al sueño,
Lijera por la ropa se sabía,
Y entre el niño y la madre colocada
Con porfiado empeño,

Al párvulo inocente separando,
Iba el seno feraz desocupando.

Pero temiendo luego la taimada
Que despertarse el infeliz hambriento,
Su negra inmunda cola introducía
En la boca del niño que dormía,
Y así toda la noche se pasaba,
Mientras que á su sabor se regalaba.

Mas tantas veces repitióse el cuento,
Que, falto de alimento,
Se puso el pobre niño de tal suerte,
Que vió la madre prócsima su muerte.
Y era de tal manera
Su queja lastimera,
Que ni su faz del llanto se enjugaba,
Ni al sueño dulce y blando
Tranquila, como un tiempo, se entregaba.

Una vez sucedió, que despertando
Con súbita alegría,
Creyendo que en su seno
Del niño el dulce lábio se sentía,
Lo halló cadáver ya con el veneno
Que el inmundo animal le introducía,
Y á la culebra vil que se afanaba,
Y hasta la última gota le chupaba.

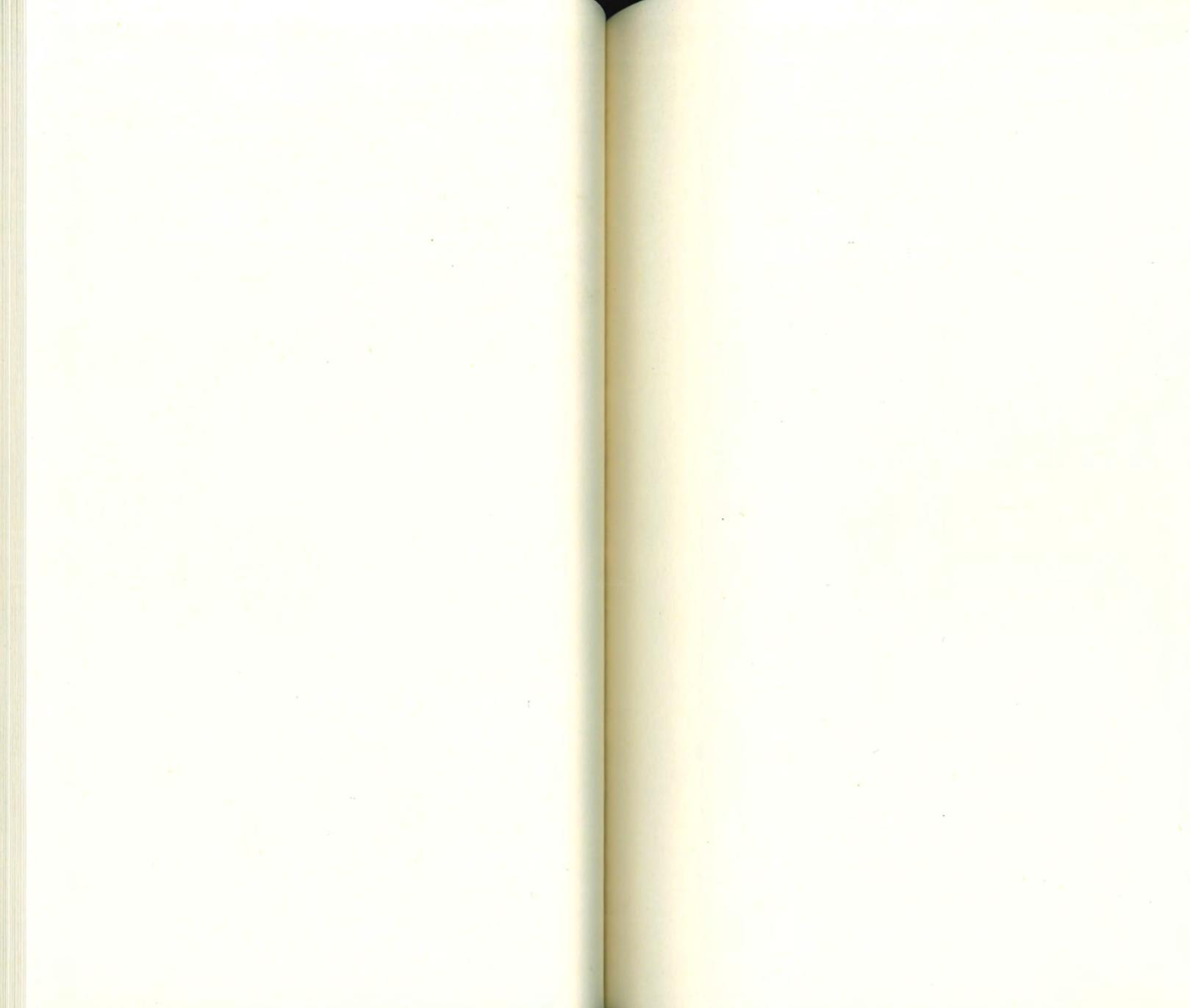
Fué tan grande el terror que tuvo al verla,

Y dió un grito de horror tan penetrante.
Que se oyó de la casa muy distante.
La vecindad acude presurosa
Queriendo socorrerla;
Pero era tarde ya, que el mónstruo fiero
En su garganta se enroscó lijero,
Apretando con furia tan crecida,
Que en un momento la dejó sin vida.



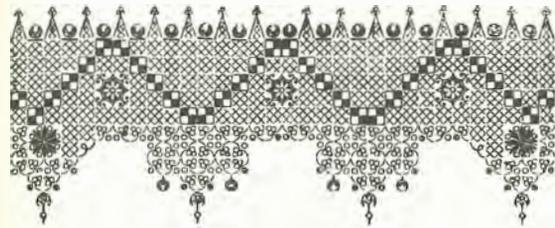
*Contempla ioh PUEBLO! aquí tu fiel retrato .
Lejos de ocultacion y de aparato;
Tú mismo eres el párvulo inocente,
La madre nuestra Patria idolatrada,
Y la culebra vil, fiera, inclemente,
A tu costa cebada,
Los Mandarines que tu sangre beben,
Y tu felicidad nunca promueven.*







EL LEÓN Y LA ZORRA.



FÁBULA X

EL LEÓN Y LA ZORRA.

Cuentan que, una ocasion los animales
A su rey el leon guerra movieron,
Instigados de un tigre, que atrevido,
Usurpar pretendió corona y cetro.

Apenas el leon tal desacato
Llegó á saber del animal protervo,
A las huestes cuadrúpedas convoca,
Tratando airado de formar su ejército.

Allí el oso, el chacal y la pantera
Con sus fieros secuaces acudieron,
Y el javalí y el toro y el caballo

Y el lobo emprendedor, tímido el ciervo.

Tan solo al llamamiento del monarca
Algunos animales no asistieron,
Que la causa del tigre defendian
Con decidido afan, con loco empeño.

Así que vió la Majestad leonesa
Al combate aprestados sus guerreros,
De su alcàzar salió con réjio orgullo,
La encrespada melena sacudiendo.

Las fuerzas luego en cortos escuadrones
Dividió prontamente con acierto,
Dando à los mas valientes y esforzados
El mando en jefe de los bravos tercios.

Puesto ya de su jente á la cabeza,
Todo para el ataque ya dispuesto,
Fué colocando en órden de batalla
Los formidables y aguerridos cuerpos.

Dióse al fin la señal: parten al punto
Hácia el campo enemigo con desnudo,
Y ávidos de vengar la vil afrenta,
Que al leon soberano se habia hecho.

Así marchaban con serena frente,
Ansiosos de encontrar al bando opuesto,
Cuando oyen que, una zorra les gritaba
Con furibundas voces desde un cerro:

— Alto allá, los valientes adalides:

Aguardad un instante: pronto llego.
No hay que precipitarse, que es preciso
Que, escuchéis ante todo mi consejo.

Entonces el leon paró á su jente,
Hasta ver acercarse al mensajero,
Que, apretando sus pies en la llanura.
Con ellos vino à incorporarse presto.

Hizo luego al leon su reverencia:
(Tambien gastan las zorras cumplimientos),
Y así comenzó á hablar con desenfado,
Despues que hubo tomado algun aliento.

— Soberano señor, rey prepotente,
Dignísimo monarca de este pueblo,
Cuya inmensa lealtad para serviros
En tan heróica accion probada veo.

Aqui vengo aunque tarde, en vuestra ayuda,
Fiel à vuestro supremo llamamiento;
Y en verdad que me causa pesadumbre.
El ver que habeis llegado à tal estremo.

Os miro caminar con vuestras huestes,
Para batir al enemigo pérfido;
Mas no es quizás el triunfo tan seguro
Que es fuerte ¡vive Dios! el bando opuesto

Pero si me ofreceis la recompensa
Debida á mis afanes, os prometo,
Que del tigre traidor quedeis vengado,

Haciendo del infame un escarmiento.

Entregadme, buen rey, los escuadrones,
Yo solo de mi astucia el triunfo espero;
Y al volver de la lucha victoriosa,
Con un pobre destino me contento.

Entonces el leon miróla altivo
Y le dijo: "Egoista, bien te entiendo:
No es tu ardoroso afan por defenderme;
Tú solo quieres defender tu empleo."

Huye de mi presencia. Si mañana
Te ofreciera el contrario un alto puesto,
Por él me abandonarás. Huye, imbécil,
Ni aun de valde en mis filas te consiento.

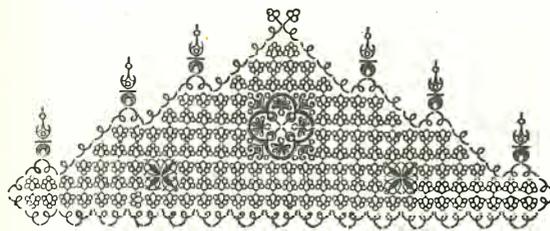


*Muchos hay que, de libres blasonando,
Su apoyo vienen á ofrecer al PUEBLO;
Y no es el pátrio ardor el que los llama.
Los apóstatas viles se hacen de estos.*





El hombre y el Ruiseñor.



FÁBULA XI

EL HOMBRE Y EL RUISEÑOR.

Un alegre ruiseñor
quiso su prole criar
entre las espesas ramas
de un corpulento nogal.

Allí sus ecos al viento
daba con plácido afán,
modulando blandamente
su dulcísimo cantar.

Así el tiempo lo pasaba
en dulce felicidad,
cantando á su compañera

dia y noche sin cesar.

Nunca temió en su delicia
de fortuna el ceño audaz,
ni un amargo pensamiento
vino su dicha à turbar.

Pero un hombre, enamorado
de su acento celestial,
de esta manera se dijo,
despues que lo oyó cantar:
— Si esta aveçilla en el campo
disfruta tan dulce paz,
donde contínuos peligros
siempre cercándole están;

Si no cesa en su armonía
un solo instante quizás,
el necesario alimento
teniéndose que buscar;

Encerrado en una jaula,
y libre de tanto mal;
con la comida abundante,
¿cuánto mas no cantarà?

Formado así este proyecto,
tratóle de cautivar,
y una red puso en el nido
con astucia sin igual.

El pajarillo inocente

su amor se puso á cantar
sobre la rama, en que estaba
puesto el lazo en el nogal.

Así el despiadado intento
el hombre llegó á lograr;
y en una jaula dorada
colocó al pobre animal.

Ya vá à llevarle el alpiste,
ya el agua clara le dá;
pero al triste pajarillo
ni á un grano le ve tocar.

En vano pasan los dias,
el rui señor mudo está,
y sus májicos acentos
no osa una vez modular.

El hombre, desesperado
de ver colmado su afan,
la jaula tomó, y ansioso
comenzola á contemplar.

Y al ver al pobre cautivo,
cercano á morir quizas,
su fortuna desdichada
movióle al fin á piedad.
— Siempre aquí encerrado, dijo,
no hay remedio, morirá;
y sus trinos armoniosos

ya nunca se escucharán.

No es la esclavitud el medio
mejor de hacerle cantar;
y así, para que trabaje,
vuelva al campo: libre está.

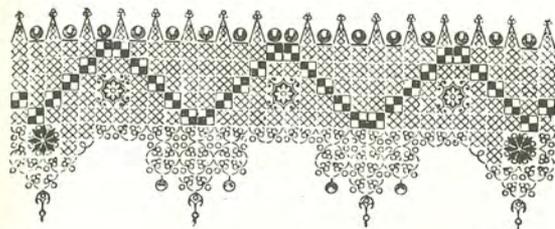
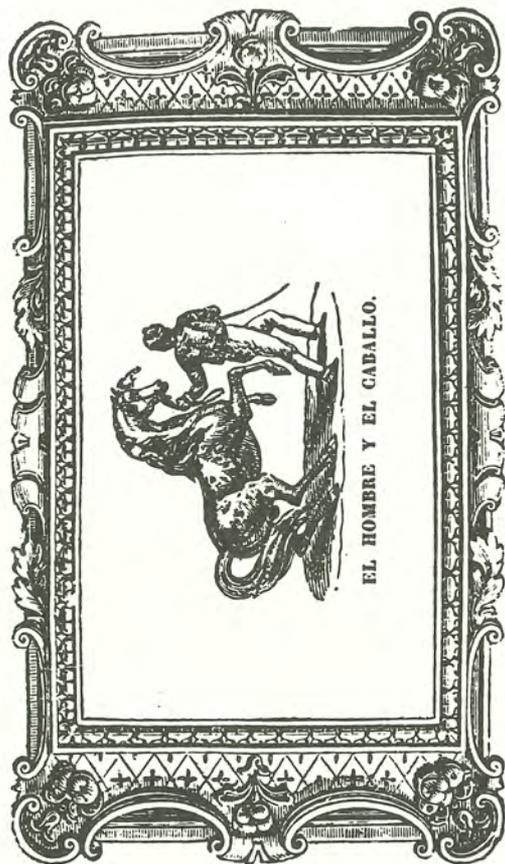
Dijo: y abriendo la puerta
de aquella prision fatal,
el pajarillo gozoso
tornó á su felicidad;

Y libre del cautiverio,
sus cantos volvió á entonar
junto á su nido adorado
en la rama del nogal.



*Tiranos al mundo odiosos,
las cadenas desatad;
que no hay PUEBLOS laboriosos,
privados de LIBERTAD.*





FÁBULA XII

EL HOMBRE Y EL CABALLO.

Un paisano tenia
Un caballo, que siempre acostumbraba
A correr con locura de alegría,
Cuando el dueño en el campo le soltaba.
Pero era tan amante
De libertad el pobre animalito,
Que huía muy distante,
Por no caer del freno en el garlito.
Estubo tan pesado
Una tarde, que el amo sofocado
Se puso á ecsaminar, de qué manera

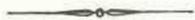
Le detendría en su veloz carrera.

Vió un poco de cebada, que crecía
A su pies con verdura y lozanía,
Cortóla, y al caballo
Corrió con el intento de alcanzallo.

Cuando vió el animal que la comida
El amo brindaba,
De ninguna traición se recelaba,
Pues no vió una gran sogá, que escondida
Detrás de sí llevaba.

Acercóse contento;
Pero, al tomar del amo el alimento,
Este, que estaba alerta y preparado,
Le echó la sogá al cuello decontado.

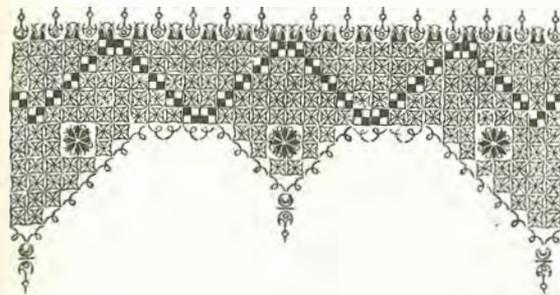
Quiso luego el caballo hacer alarde
De sus ligeros pies, mas ya era tarde;
Que al punto se encontró puesta la brida,
Y ya la dulce LIBERTAD perdida.



*Esta mácsima ioh PUEBLO! es del tirano,
Cuando su intento bárbaro no alcanza:
Te halagará faláz con la esperanza,
Para atarte despues al yuyo insano.*



EL BURRO CORONADO.



FÁBULA XIII

Siendo yo muy pequeño todavía,
En las noches de invierno rigorosas
Mi abuela junto á mí se entretenia,
En contarme unas cosas muy graciosas.

Una noche en que vine de la escuela,
Trayendo unos magníficos renglones,
Esto lo he escrito yo, dije á mi abuela,
No hallándome aun capaz de hacer borrones.

Ella que conoció mi orgullo vano,
Y vió que los renglones que traia,
Eran escritos por estraña mano,
Y mucho mas esperta que la mia;

Siéntate junto á mí: ven al instante,
Me dijo airada y con la faz severa;
Y al punto que me tuvo allí delante
A hablarme comenzó de esta manera:

— El niño engañador y presumido
 Con justicia es tenido por un necio;
 Y siempre se tributa al que ha mentido
 Insufrible baldon, mofa y desprecio.

Nadie debe apropiarse ajena gloria:
 Quien la puede alcanzar, no la pretende.
 Conservá este consejo en la memoria:
 Escuchame una fábula y aprende.

EL BURRO CORONADO

Aconteció una vez, que un leon guerrero
 De fiero aspecto y colosal melena
 A un borrico elijió por escudero;
 Y en verdad la eleccion no fué muy buena.

Ganó pues el leon en lid insana
 Del invicto laurel verde corona,
 Y con ella en la frente una mañana
 Salió adornada su real persona.

Los demas animales, cuando vieron
 Coronada del rey la sien altiva,
 Con frenéticas voces repitieron:
 ¡Viva nuestro Monarca! viva! viva!

El borrico, que atento contemplaba
 Los víctores y aplausos repetidos,
 De una cruel envidia se llenaba,
 Ansioso de que á él fueran rendidos.

Sintió la sed de gloria inestinguible,
 Y exclamó: juro à Marte y á Belona,
 Que en mí será una accion reprehensible,
 No ponerme tambien otra corona.

Que si no tengo como el leon guedejas,
 Y aunque me faltan afiladas uñas,
 Tengo para mi adorno las orejas,
 Y para mi defensa las pezuñas.

Y aunque mis pretensiones de valiente
 Quisiera yo tener, fuera muy justo;
 Que si no temen mi aguzado diente,
 Tan solo con mis voces los asusto.

Y al comtemplar mi frente circundada
 Del lauro inmarcesible de la gloria,
 Mi bravura tambien será aclamada
 Con la voz celestial de la victoria.

Asi sucedió, pues; al dia siguiente
 se presentó el borrico muy ufano,
 De laurel coronada su ancha frente,
 Y á darle aplausos comenzó el marrano.

Los otros animales, que advirtieron
 Coronada del asno la cabeza,
 Sin detenerse un punto le rindieron
 El debido homenaje à su grandeza.

Por que aunque apenas penetrar podian,
 Como tan grande lauro habia alcanzado;

Muy digno de llevarlo lo creian,
Al verlo del Monarca tolerado.

Mas como allí el leon se apareciera,
Viendo del animal la petulancia,
Hacia sí lo llamó con saña fiera,
Reprendiéndole altivo su arrogancia.

¿Adonde vas, le dijo, miserable,
Con un láuro que nunca mereciste?
Con accion tan villana y detestable
Al laurel sacrosanto envileciste.

Y arrancando á sus sienes la corona,
Prosiguió con acentos muy feroces:
El cielo no ha criado tu persona
Mas que para el rebuzno y tirar coces.

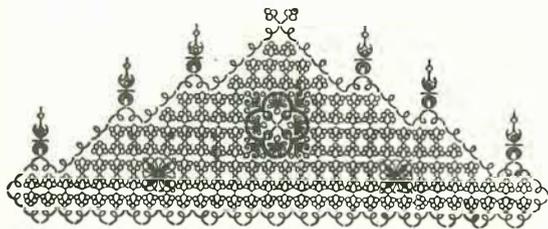
Entónces los que ansiosos le aplaudieron,
Cuando adalid valiente lo creian,
Al ver el desengaño que sufrieron,
En ifueras! los aplausos convertian.

Siendo tal la leccion para el jumento,
Y quedó tan grabada en su memoria,
Que hizo entonces solemne juramento,
De no apropiarse mas la ajena gloria.

*El que ostenta corona laureada,
Sin haberla sus actos merecido,
Aunque esté del poder asegurada,
Sepa que cada aplauso es un silbido.*



EL CÁNTARO Y LA JARRA.



FÁBULA XIV

EL CÁNTARO Y LA JARRA.

En el rincón de una sala,
lugar oscuro y modesto,
un buen cántaro tenía
su humedecido aposento.

Una jarra algo mas alta
había colocado el dueño
sobre un pretil muy angosto,
quizás labrado al intento.

Prudente el cántaro era,
la jarra no lo era menos,
y de este modo vivían

en dulce paz y contento.

Una armonía perfecta
guardaron por mucho tiempo,
sin que nunca se perdiesen
por causa alguna el respeto.

Mas la jarra una mañana,
sin tener otro pretesto
que el de divertirse un rato
á costa del compañero,

Mirólo con cierto orgullo
y, haciendo un estraño jesto,
al cántaro se dirige,
hablándole en estos términos:

— ¡Cuánta risa me dá verte.
oh cantarillo grosero,
en ese rincon oscuro,
digno de tu tosco aspecto!

¿Qué haces, dime, desdichado,
que nunca lucir te veo?
En ponerte así escondido,
los amos ¡qué bien hicieron!

¿Tú no ves, como relumbra
mi exterior pulido y terso?
Tu no ves, como me tienen
aquí en la altura luciendo?

Mira mi forma gallarda,

contempla mi talle esbelto,
y compara tu aspereza
con mi rico pulimento.

¡Cuánta risa me dá verte,
oh cantarillo grosero,
en ese rincon oscuro,
digno de tu tosco aspecto!»

El cántaro ya indignado
de proceder tan perverso,
así respondió á la jarra
con firme y sentido acento:

— Jarra miserable y débil,
si es que yo á risa te muevo,
tú me mueves con tu orgullo,
no á risa, sino á desprecio.

Dime, pues, ¿por qué te mofas,
necia, de mi tosco aspecto,
sabiendo que hemos salido
entrambos de un barro mismo?

¿Qué eres tú, si te desnudan
de ese brillo, que es ajeno,
debido solo al trabajo
del industrioso alfarero?

Si su mano, cual podia,
cántaro te hubiera hecho,
y á mí jarra ¡cuán trocados

hoy se hallaran nuestros puestos!

Ademas, ¿tú de qué sirves?
solo de adorno supérfluo,
cuando yo la sed apago
del que á mi llega sediento.

Mira, pues, cual es mas útil
en esta casa á su dueño,
si tú con tu falso brillo,
ó yo con mi tosco aspecto.

Contéplalo, miserable,
y si es que á risa te muevo,
tú me mueves con tu orgullo,
no á risa, sino á desprecio.—

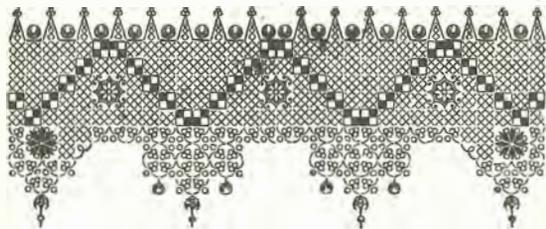
Y terminado este diálogo
ambos guardaron silencio...
Ahora oid la moraleja,
que me ha sugerido el cuento:

Y si en algo es aplicable
á lo que en él dejo espuesto,
á la nobleza orgullosa
bien puede servir de ejemplo.

*La jarra ioh PUEBLO! es el noble,
el cántaro es el plebeyo,
y la voluble fortuna
la mano del alfarero.*



EL LADRON Y EL PERRO.



FÁBULA XV

EL LADRÓN Y EL PERRO.

Si alguno se encontrare retratado
En este cuentecillo,
Puede echarse la china en el bolsillo.
De una casa de campo
Amarrado en la puerta
Se encontraba el bravísimo Melampo,
El perro mas valiente
Que ha llegado á vivir entre la jente.
Velando noche y dia,
Siempre de centinela,
El pobre animalillo no dormia;

Y abandonaba el sueño,
 Para guardar la hacienda de su dueño.
 Así el tiempo pasaba
 En dulce regocijo.
 Nunca de su fortuna se quejaba:
 Nunca; porque se advierte,
 Que estaba muy contento con su suerte.
 Pero llegó una noche
 Un ladron muy famoso
 Que por allí robaba á troche y moche,
 Y con astucia fiera
 A Melampo le habló de esta manera:
 — ¡Ola! buen vijilante,
 Perro fiel sin segundo:
 ¿Quieres dejarme entrar en un instante?
 Ten en mí confianza,
 Que quiero hablar al amo sin tardanza.
 El perro conociendo,
 Por el ancho trabuco
 Que dentro de la manta iba escondiendo,
 Sus malas intenciones,
 Le contestó lijero estas razones:
 — En vano pretendéis
 Con vuestra hipocresía
 Ocultarme los fines, que traéis.
 Sabed, que no consiento

Que entreis, porque conozco vuestro intento.
 El ladron le suplica
 Segunda vez la entrada;
 Y el perro ya enojado le replica:
 — Si venis á la puerta,
 Ladro, y toda la jente se despierta.
 Viendo, pues, que era en vano
 Cansarse en necios ruegos;
 Dijo el ladron, al retirarse, ufano:
 — Mi rencor te asegura
 Que, me has de pagar esto con usura.
 Apenas vino el dia,
 Cuando el ladron imbécil
 Se encontró con el amo que salia;
 Y alegre y placentero
 Le dijo: — Buenos dias, caballero:
 Tengo perdido el juicio
 Con los malditos lobos,
 Y vengo á suplicarle un gran servicio.
 Usted puede salvarme,
 Y del terrible golpe libertarme.
 Más caudal no poseo
 Que un pequeño rebaño;
 Y cada noche horrorizado veo
 Que los lobos se ceban
 En mi pobre ganado, y se lo llevan.

Los tristes corderillos
 No tienen mas amparo
 Que el de las perras, aun muy jovencillos,
 Bravos, por vida mia,
 Mas, temen á los lobos todavia.

Usted tiene en su hacienda
 Un mastin arrogante:
 Yo le ruego por Dios que me lo venda:
 Pida usted sin cuidado
 Lo que pueda valer, le doy doblado.

Si usted lo determina,
 En la mano está el precio,
 Eso me libraré de mi ruina:
 Mucho en ello me ahorro,
 Y despues le regalo un buen cachorro.

A usted le tiene cuenta:
 Presta el mismo servicio,
 Y á mucho menos costo se alimenta,
 Yo libro mi manada,
 Y usted tiene su casa bien guardada.

Oyendo estas razones,
 El amo de Melampo
 Se decide á tomar ocho doblones
 Por su fiel vijilante,
 Y al ladron se lo entrega en el instante.
 En vano el triste ruega,

Para no ser vendido:
 Su señor á escucharle se le niega,
 Mientras el otro grita:
 No ha de ser todo echarse á la sombrita.

Que si hasta aqui encontraste
 Quien te diera el sustento,
 Y nunca en cosa alguna trabajaste,
 Conmigo no hay holganza;
 Trabaja bien, y llenarás la panza.

Iba el perro cuitado
 A decir lo que habia
 A su señor, que estaba alucinado;
 Y el ladron al momento
 Se lo llevó, temiendo un escarmiento.

Apenas se retira,
 Llevando al perro asido,
 Cuando monta el trabuco, apunta y tira,
 Y el infeliz Melampo
 Bañado en sangre se quedó en el campo.

Acabada su hazaña,
 Buscó á los compañeros,
 Que tenían por guarida una cabaña;
 Y al dueño de la Hacienda
 Le llevó el cachorrillo de la ofrenda.

Al fin la noche vino,
 Y juntos los ladrones

De la Quinta tomaron el camino;
Y al llegar à la puerta,
No ladró el perro, aun cuando estaba alerta.

Porque viendo á sus dueños,
Que eran los que llegaban,
Volvió á entregarse á sus tranquilos sueños,
Mientras ellos abrian,
Con llaves que al intento conducian.

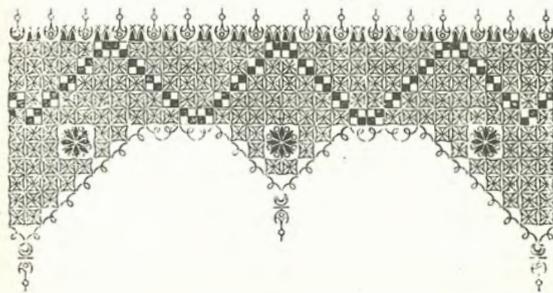
Entran; y apoderados
De todo cuanto encuentran;
Dejaron en un cuarto maniatados,
Y á palos bien molidos
A los que hallan allí desprevenidos.

Logrando de este modo
Por premio de su astucia
Robar seguros y acabar con todo.
El dueño este castigo merecia,
Vendiendo al que leal le protejia.

*¡Oh! Cuántas veces vende
El PUEBLO alucinado
Al que de su enemigo le defiende!
Y luego se abandona
En las manos de aquel que le aprisiona.*



LOS DOS MONOS.



FÁBULA XVI

LOS DOS MONOS.

Por la orilla de un camino
dos monos juntos pasaban,
y ambos monos eran reyes,
cada cual de su comarca.

Los dos iban caminando
en entretenida plática,
cuando á lo lejos divisan
un libro junto á una espada,

Que un caminante perdiera
aquella misma mañana.

Abrieron al punto el libro
y le leyeron con ansia;

Porque los monos leían

tambien, cuando esto pasaba,
y aunque mentira parece,
es una verdad muy clara.

El libro en la primer hoja
contenia estas palabras:
«Felices serán los pueblos,
y feliz será el monarca
que delante de la ley
con sus súbditos se iguala.»

La espada requieren luego,
y encontraron que grabada
esta inscripcion contenia
con letras ensangrentadas:
«Ante mí todos se humillan,
padecen, sufren y callan.»

Asombrados los dos monos
no aciertan á hablar palabra,
y frente á frente se miran,
y entrambos silencio guardan,
hasta que uno de ellos dijo:
— ¡Vive el cielo! camarada,
que he de seguir desde ahora
la senda que el libro marca.
— Partamos pues el hallazgo,
dijo el otro, que me agrada.
Reina tu allà con tus leyes,

yo reinaré con mis armas.
Veràs mi pueblo rendido,
como se abate á mis plantas.

Gozosos se despidieron
cada cual para su alcázar,
donde, al punto que llegaron,
ponen su designio en planta.

El mono, que llevó el libro,
convocó sin mas tardanza
á toda la jente mona
que bajo su cetro estaba.

Cuando estuvieron reunidos,
sin que ninguno faltara,
sobre una empinada roca
el rey mono se encarama,
y con el libro en la mano
dijo á su pueblo en voz alta,
— Aquí teneis, monos mios,
las leyes justas y sábias
que han de rejir desde hoy
á toda nuestra comarca.

A ellas queda mi persona,
cual las vuestras, obligada,
y no habrá ya en adelante
quien de sus dominios salga.

Benedicid, súbditos fieles,

estas leyes sacrosantas,
que ante sus aras divinas
al rey con su pueblo igualan.

Al momento que escucharon
los monos estas palabras,
con entusiasmo ardoroso
á su rey benigno aclaman,
y entre tiernas bendiciones
al palacio le acompañan.

Desde entonces ni uno solo
á sus deberes faltaba,
y una paz dulce y eterna
al fin coronó sus ansias.

Mas volviendo al otro mono
que habia llevado la espada,
diremos que, con objeto
de hacer que el pueblo temblara,
al instante lo convoca;
y al ver que junto se hallaba,
pronunció con voz de trueno
estas terribles palabras:

— Vasallos: esta es la ley
que ha de ser solo acatada:
quien no cumpla mis mandatos
ya sabe el fin que le aguarda.

Esto dijo: y esgrimiendo

á un lado y otro aquel arma,
quedó solo su capricho
como ley de la comarca.

Desde entonces a su antojo
al pobre pueblo humillaba;
pero, temiendo el castigo,
todos los monos callaban.

Asi su cetro de hierro
aquel rey vil empuñaba,
hasta que al fin, ya cansados
los monos de tanta audacia,
hacen resonar dó quiera
el grito atroz de ivenganza!

En vano el temido acero
el rey cobarde levanta
contra aquel pueblo furioso
que hambriento sobre él se lanza,
y con su espada sangrienta
la vida cruel le arranca,
conquistando con un crimen
SU LIBERTAD SACROSANTA.

*Sepa el poder soberano
esta mácsima sagrada:
Con las leyes en la mano
se hace mas que con la espada.*

Un

Y

Di

—

De

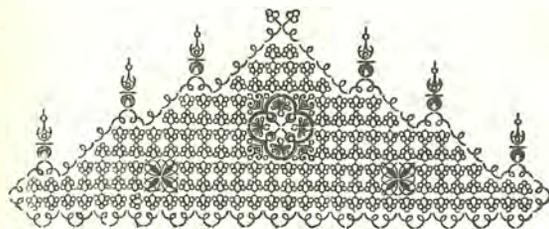
(Q

Le

—

Pa

En



FÁBULA XVII

EL MONTE Y LA ENCINA.

Sobre un monte en la cumbre dilatada
Una gigante encina se crió,
Y al mirarse en la altura así elevada,
Diz, que de esta manera al monte habló:
— ¿Quién eres tú, monton oscurecido
De informe aspecto, de materia vil?
¿Quién eres tú, infeliz, que en el olvido
Los años has pasado mil à mil.
— ¿Qué, sin que mi verdor te embelleciera,
Pudieras en el mundo aparecer?
En tí el viento jamas se detuviera,

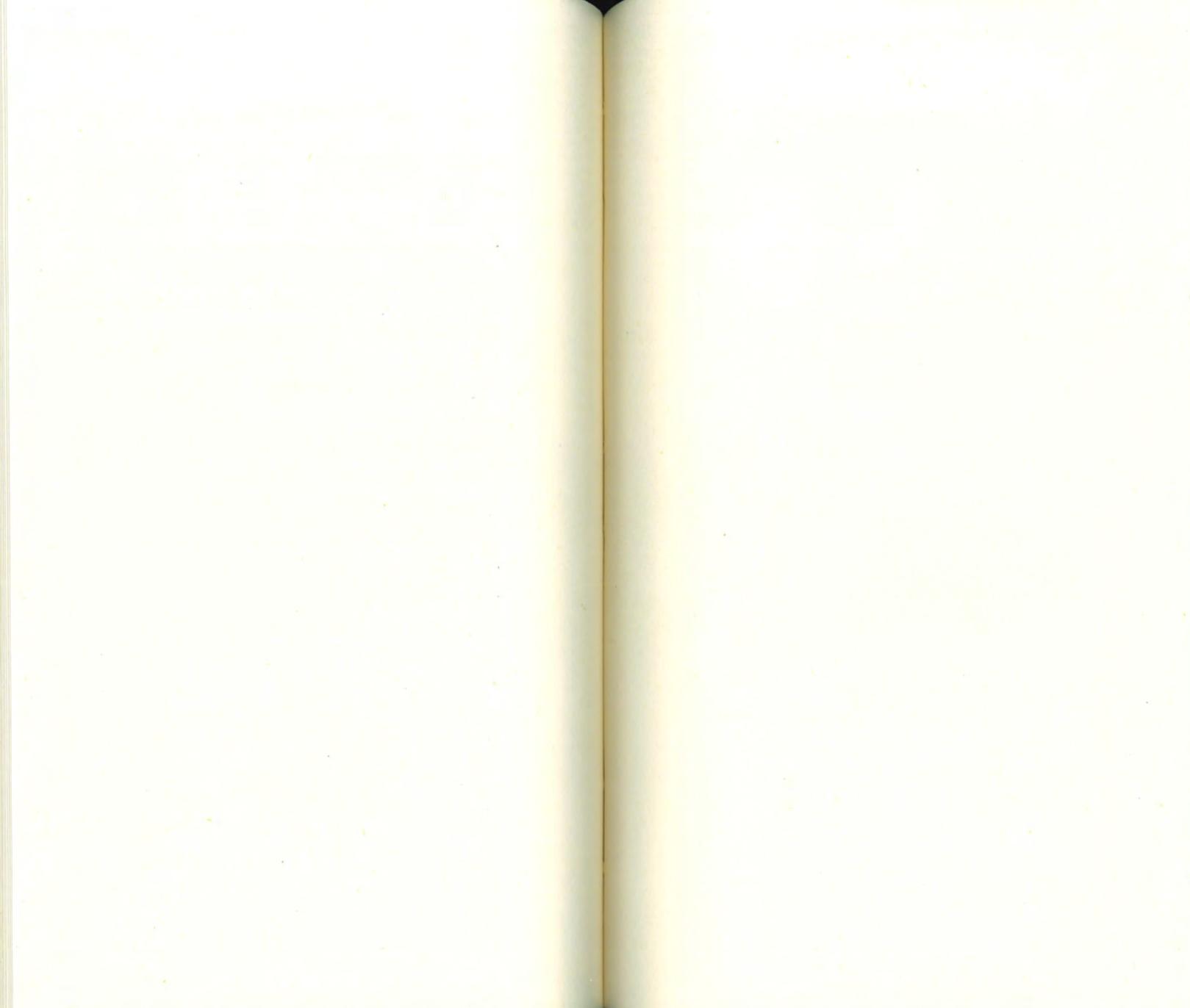
No teniendo una rama que mecer.
 — Por mí vienen los tiernos pajarillos,
 Sus admirables trinos à entonar;
 Por mí vienen los leves viente-cillos,
 En redor de tu frente à murmurar.
 — Por mí tienes la sombra en el estío,
 Cuando en fuego á los campos baña el sol;
 Yo te entrego el benéfico rocío,
 Cuando ostenta la aurora su arrebol.
 — Y tú, en tanto sin pompa ni grandeza
 Bajo mi planta, mísero, te ves.
 Mentida es ivive Dios! tu fortaleza.
 Tu destino es estar bajo mis pies.
 El monte airado levantó la frente,
 Al escuchar tan necio blasonar;
 Y con voz tremebunda é imponente
 De este modo á la encina empezó á hablar:
 — ¿Qué fueras tú sin mi, tronco mezquino?
 Sin mí ¿qué fuera de tu necio afan?
 ¡Cuán grande es, infeliz, tu desatino!
 ¡Adonde, adonde tus locuras van!
 — Ingrato vegetal: ¿Quién te alimenta
 Con jugo de su propio corazón?
 ¿Quién à tus ramas fràjiles sustenta?
 ¿Cuales las causas de tu orgullo son?
 — ¿Qué fueras tú, si el jugo te negara,

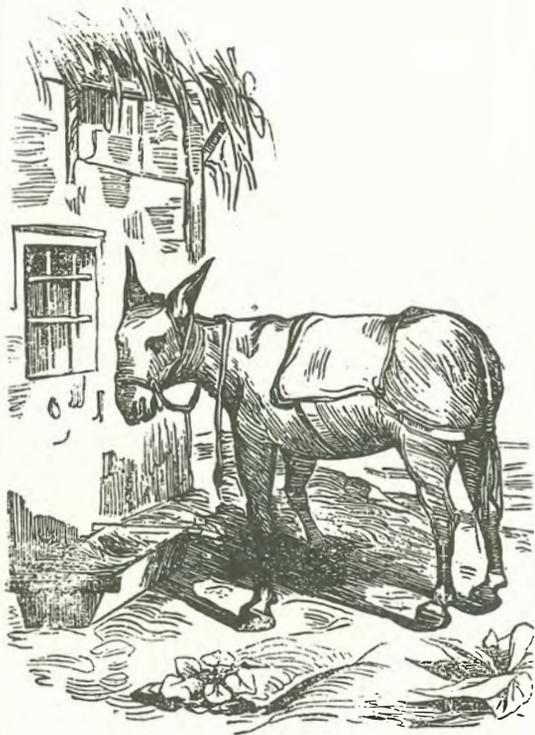
Que para alimentarte te cedí?
 El verdor de tu copa se secara,
 Y no pudieras ecsistir sin mí.
 Yo bien puedo ecsistir sin tu verdura,
 Cual Dios en un principio me crió.
 No hagas alarde, pues, de tu locura:
 Yo ecsistiera sin tí: tú sin mí, no.

— — — — —

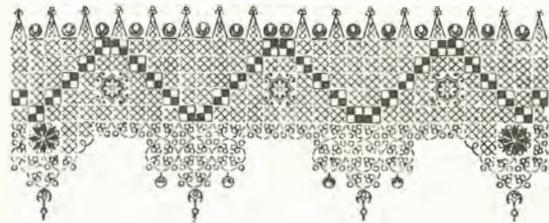
*En vano del Creador las sábias leyes
 Orgullosa un monarca olvidará.
 Sepa que PUEBLOS hay, sin que haya reyes;
 Pero reyes sin PUEBLOS nunca habrá.*







EL BURRO DIPUTADO.



FÁBULA XVIII

EL BURRO DIPUTADO.

Cierto harriero tenia
Una crecida recua de pollinos,
Con la cual á sus hijos mantenía,
Penando todo el año en los caminos.

Queriendo el infeliz, pues ya era viejo,
Conservar algun tanto su pellejo,
A un criado entregó su harriería,
Dándole un buen salario cada dia;
Y él se quedó en su casa, disfrutando

Sosegado y tranquilo
De un caudal que juntó, no muy pequeño,
Del descanso privándose y del sueño.

Salió por fin el mozo á su jornada,
Y llegando á la noche á la posada,
Le dió á cada jumento
La mitad nada mas de su alimento;
Y echó la otra mitad en su bolsillo,
Para hacer lo que llaman el trapillo.

La jornada siguiente
A sus burros cargó muy diligente,
Y á pesar de lo escaso del sustento,
En cargarlos tal vez con demasía
No se anduvo con tiento;
Pues al mirar que alguno se rendia,
Su vara levantaba,
Y con golpes terribles le *ayudaba*.

Siguen los pobres asnos su camino,
De su fiero destino
Quejándose en silencio,
Y á paso apresurado,
A cual mas de la carga fatigado.
Y entre si el sol se ausenta ó no se ausenta,
Llegaron á una venta,
Donde, habiendo soltado el peso enorme,
Que sobre el débil lomo condujeron,

Y libres ya tambien de su uniforme (1),
Al pesebre sus pasos dirijieron.

Con borrical anhelo allí esperaron
El pienso, en que pensaban *pensarian*.
La venta con rebuznos atronaron,
Mas la paja y cebada no traian.

El mozo á media noche condolido,
(Que á tanto rebuznar nadie resiste),
A la cuadra llegó medio dormido,
Y á la recua encontró penosa y triste.

Dicen que á alguno halló casi difunto
Por el hambre y los palos que sufriera,
Y su corta racion le llevo al punto,
Por temor de que al cabo se muriera.

Cuando los pobres burros se encontraron
Con solo medio pienso,
A los injustos cielos se quejaron:
¡Su dolor era inmenso!

¿Cómo hemos de llevar, todos decian,
La carga tan atroz, que tanto pesa,
Si la pobre racion, que nos envian,

(1) No se crea que tratamos de hacer aquí alusion alguna. Sabido es el gusto que tienen jeneralmente los harrieros, en que los aparejos de sus burros sean de todo punto uniformes.

Es corta, y el trabajo nunca cesa?

Entonces los murmullos borricales,
De la cuadra los ámbitos llenando,
Se fueron escuchando
Cada vez con mas fuerza y mayor brio;
Porque los animales
El rumor aumentaban
Luchando fieros con el hado impío;
Y de hambre ya frenéticos mascaban
El pesebre fatal que, un tiempo bueno,
De paja y de cebada hallaron lleno.

Viéndose en este trance tan terrible,
El burro mas sensible,
Que entre la recua habia,
Dijo con una voz entrecortada,
Y pegando en el suelo una patada:
— Compañeros, oid por vida mia:
Que mientras no he *pensado*,
Quizás he discurrido bravamente
El modo de evitar que ese malvado
Entre sus tristes víctimas nos cuente.

Los burros empinaron las orejas
En señal de que estaban atendiendo,
Y el borrico orador siguió diciendo:
Elevemos al amo nuestras quejas,
Nombrándose al efecto un Diputado,

Que corra apresurado
A referirle el hecho,
Y á demandar allí nuestro derecho.
Y juro por la cincha de mi albarda,
Que si el mozo se guarda
La mitad del sustento que nos toca,
Dándonos la racion mala y tan poca,
No nos robará mas con su malicia,
Que en sabiéndolo el amo, hará justicia.

Unánimes los burros aplaudieron
Las fundadas razones que le oyeron,
Y hubo quien le supuso tanta ciencia,
Que Doctor lo creyó en Jurisprudencia.
Por lo cual, sin que un voto le faltara,
Que eso es cosa bien rara,
Elejido quedó por Diputado,
Y en aquel mismo instante fué aprobado.

Dispuesta así la cosa con acierto,
A un sueño borrical todos se entregan;
Pero el mozo, que estaba bien despierto,
Y que no habia perdido
Una sola palabra del discurso,
Viéndose á su pesar comprometido,
No encontró otro recurso
Para salir airoso en tal estado,
Que poner de su parte al Diputado.

Para lograr su intento,
Sacó al punto al jumento
De enmedio de la recua dilatada,
Y en una cuadra aparte lo coloca,
Echándole á la vez paja y cebada
En cantidad no poca.

Dado ya el primer paso,
El mozo se le puso allí delante,
Y así le dijo: Acaso
Me juzgas muy distante
De saber vuestras locas pretensiones:
Pues sabe, que escuché vuestras razones.
Sé también, que tú fuiste el elejido,
Para hablar con el amo,
Y por eso te llamo,
Y solamente á tí me he dirigido.
Escúchame, y si sigues mi consejo,
Pronto no has de caber en el pellejo.

Si al amo vas contando
Lo que os está pasando,
No lo dudo, tal vez pondrá remedio,
Buscando otro sirviente;
Pero no es ese el medio
De encontrar que comer sobradamente.
Que el que en este lugar me sustituya,
Quizás con todos de una vez concluya.

Y tú, pues que la suerte te es propicia,
No quieras despreciarla en este instante,
Que vale mas vivir con la malicia,
Aun á costa del mísero ignorante,
Que presumir de honrado en esta era,
Y llevarla barriga muy lijera.

Tú irás á ver al amo sin tardanza,
Y así conservarán la confianza
Que en tí han depositado,
Esos que te elijieron Diputado.
Entrarás en la casa muy contento.
¿Cuál la causa, dirán, de esta venida?
Y tú en aquel momento
Le dirás, que la recua agradecida
Al solícito trato que me debe,
Por tí a mostrar su gratitud se atreve.

Si esto hicieres, así cual te lo encargo,
La comida tendrás siempre que quieras
Abundante y sobrada; y sin embargo
De que tan regalado has de encontrarte,
Tus cargas serán cortas y lijeras,
Y yo trataré bien de engalanarte.
La carga de los otros, ¿qué te importa
Que sea muy larga, y la ración muy corta?

Al escuchar el asno estas razones,
Olvidó su fatal filantropía,

Y cediendo á las malas tentaciones,
Que de comer tenia,
El partido abrazó, que le brindaba
La vida regalona, á que aspiraba.

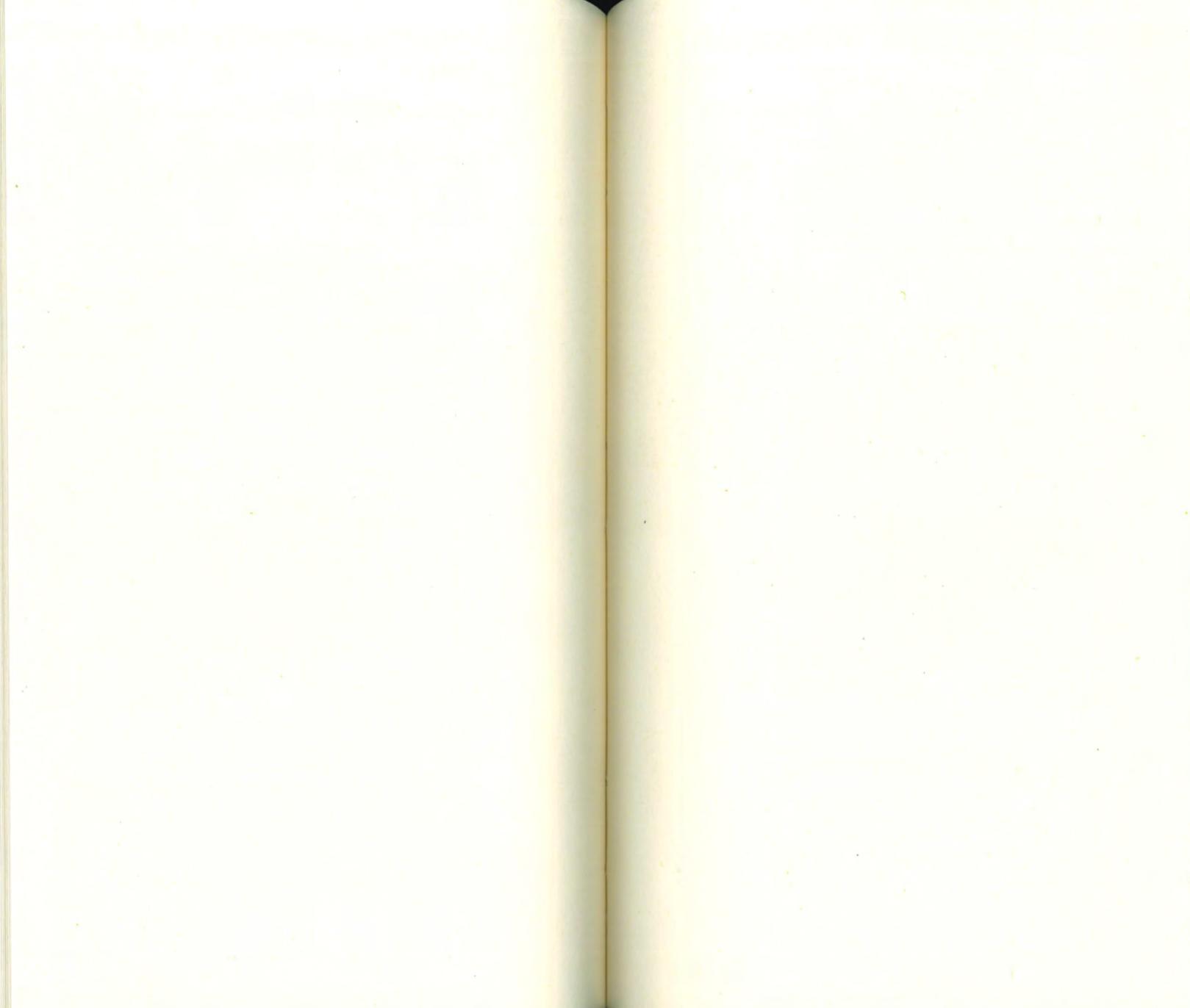
A las mil maravillas
Junto al amo evacuó su cometido,
Y ya de vuelta, en premio de su celo
Fiel el mozo cumplió lo prometido,
Sin causar el mas mínimo recelo
A los pobres borricos, que le honraron,
Y á su lealtad mentida se entregaron.

Pero los infelices, advirtiendo
Que su suerte fatal no mejoraba,
Y se iban consumiendo,
Hartos de leña, escasos de comida;
Y al ver cual engordaba
El Diputado en su poltrona vida,
Acudieron al dueño, pero en vano;
Porque este, preparado de antemano
Por la astucia del mozo fementido,
A sus continuas quejas no dió oído;
Y ellos al cabo de hambre sucumbieron:
Por la traicion del burro que elijieron.

El oro vil, los títulos y honores

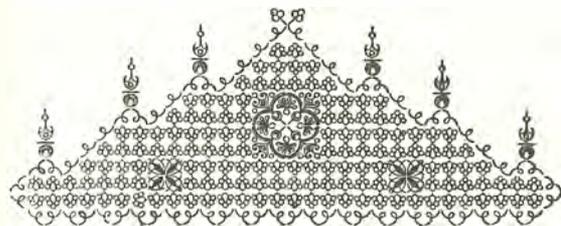
A los leales tornan en traidores.
PUEBLO: *si al avariento*
Fias de tus derechos la defensa,
Tendrás por recompensa,
La que á sus compañeros dió el jumento.







EL INCENDIO.



FÁBULA XIX

EL INCENDIO.

¡Favor! ¡Socorro! gritaba
en medio de su agonía,
un infeliz, que veía
que su casa se quemaba.

Puesto en medio de la calle,
sus voces al viento dió;
y al cabo solo se halló
como en un desierto valle.

Viendo, pues, que no acudia
á socorrerle ninguno,
fué despertando uno á uno
los vecinos, que tenía.

Suplicó; pero fué en vano:

ninguno se levantaba;
 en tanto el fuego avanzaba
 mas destructor é inhumano.

Llegó al vecino primero,
 y socorro demandó;
 pero este le contestó
 con ademan altanero:

Viene usted á incomodarme
 á deshora, señor mio?
 No vé que hace mucho frio?
 yo no quiero levantarme.

¡Que mi casa se me quema!
 á otro vecino decia,
 que indijesto respondia:
 «Me gusta por Dios la flema!

Idos: que me causais tédio
 con que vuestro hogar se abrasa.
 Cuando se quema una casa,
 apagarla es buen remedio.”

Fué al tercero, que inhumano
 su aguda pena insultó.
 A otros vecinos llamó;
 mas tambien los llamo en vano;

Porque cada cual decia:
 Yo, por qué me he de mover?
 Nada tengo que temer,

si no se quema la mia.

Mas luego, arreciando el viento,
 la llama voráz creció,
 y á otras casas se estendió,
 para buscar su alimento.

Lleno de asombro y sin tino,
 viendo el peligro inminente,
 acude muy diligente
 este y el otro vecino.

Con arrogancia altanera
 el fuego intentan cortar,
 cuando ya todo el lugar
 presa de las llamas era.

Todos entonce á porfia
 sus esfuerzos redoblaron;
 pero apagar no lograron
 la llama voráz é impía.

Pues en tan duros azares
 del viento á impulsos creciendo,
 fué en cenizas convirtiendo
 aquellos tristes hogares.

*Del PUEBLO es obligacion,
 si se veja á un ciudadano,
 reprimir con fuerte mano*

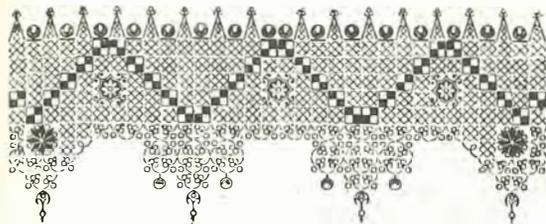
la insolente vejación

*Que si en nécia, confianza
deja que se estienda el mal,
la misma suerte fatal
luego á todo el PUEBLO alcanza.*





EL NIÑO Y EL BUSTO.



FÁBULA XX

EL NIÑO Y EL BUSTO.

Los que el BÚ quieren hacer
Al pobre PUEBLO asustado,
Contemplan de su poder
En este Busto el dechado.

Dentro de una alacena bien guardados
Unos dulces habia,
Por temor de que fuesen atrapados
De un chico, que tenaz los perseguia.

Pero apenas la madre se alejaba,
El chiquillo travieso
Con los sabrosos dulces se enredaba,
Sin dejar, como diz, pelo ni hueso.

Viendo la madre, pues, que era imposible,
Sin darle un gran disgusto,
Evitar otro ataque asaz temible,
Al ardid recurrió de darle un susto

Miedoso sin igual era el chicuelo,
Y la madre creía
Que, puesto allí un objeto de recelo,
Temeroso tal vez no llegaría.

Al punto colocó sobre la puerta
Un busto extravagante,
Con largos cuernos, y la boca abierta
En ademan horrible, amenazante.

Creyendo ya seguro el escondite,
Con voz aterradora
Dijo al niño: «Si tocas á un confite,
Verás como ese mónstruo te devora.»

Desde entónces apenas se acercaba
Asustado el muchacho,
Porque en verdad el busto amedrentaba
Al rapaz mas valiente y vivaracho.

Así, víctima triste del antojo

Que acibara su vida,
Quiso una vez con temerario arrojo
Llegar á la alacena apetecida.

Y al fin pudo llegar, aunque temblando,
Hasta el busto terrible:
Estúvolo un momento contemplando
Con atencion inquieta, indefinible.

Fué cobrando despues algun aliento,
Y su valor crecía;
Y algo mas se acercó con mucho tiento,
Viendo que el figuron no se movía.

Mas luego, vislumbrando ya el engaño,
Con placer infinito,
Sin miedo alguno, sin temor de daño,
Tranquilo lo ecsamina de hito en hito.

Grata sonrisa á su semblante asoma
Con plácido embeleso:
Con una mano la nariz le toma,
Gritando con placer «¡Era de yeso!»

Entónces un buen golpe le asegura;
Tan fuerte y acertado,

Que cayó en mil pedazos la figura,
Que tanto á su pesar le habia asustado.

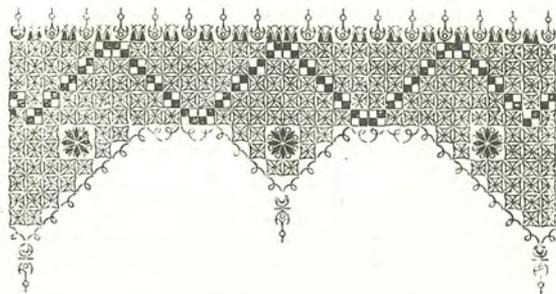
—
Luego de su tesoro se apodera,
Sin perder los instantes;
Y esclama sin cesar: «¡De yeso era!
¡Ah, quién lo hubiera conocido antes!»

—
*Puede hacerse temer un vil tirano
Con bárbara insolencia,
Mientras no llega el PUEBLO SOBERANO
a comprender su mísera impotencia.*





Los Perros y las Gallinas.



FÁBULA XXI

LOS PERROS Y LAS GALLINAS.

Un cazador mantenía
Entre una porción de perros
Los dos perros mas golosos
Que hubo nunca entre podencos.

Los trastos de la cocina
Andaban siempre revueltos,
Y no había cosa en la casa
Bastante segura de ellos.

Entre las mil travesuras
Que siempre estaban haciendo,

Discurrieron una noche
Asaltar el gallinero.

—
Por que, es muy duro, decian;
Ver que el amo esté comiendo
Una hoy y otra mañana
Con admirable contento,

—
Y á nosotros, infelices,
Solo por que somos perros,
Nos echen, como por lastima,
El desperdicio y los huesos.

—
Ya no mas desde este dia
Tan comedidos seremos;
Y pues que lo hay en la casa,
Siquiera una vez hartémonos.

—
Entónce un galgo, que estaba
Escuchándolos, muy serio
Y maravillado dijo:
— ¿Y cómo habeis de hacer eso

—
Con un animal que, apenas
Percibe algun movimiento,
Atruena toda la casa

Con su fatal cacareo?

—
— Por muy poco se fatiga,
Contestó al punto un podenco,
Cuando no hay cosa mas fácil
Que lograr nuestro deseo.

—
— ¿De qué modo? — De este modo:
Escuchadme un rato atentos,
Y oireis un plan, que no ha habido
Quien mejor lo haya propuesto.

—
Mañana al volver de caza,
Cuando el amo esté comiendo,
Sin que mi ausencia se note,
Me escurriré al gallinero.

—
Alcanzaré para todos
Media docena á lo menos
Y las llevaré hasta el sitio
En donde las comeremos.

—
Yo procuraré matarlas
Con todo el mayor silencio,
Pues habilidad me sobra
Para lances tan espuestos.

Mas vosotros, por si acaso
 En algun avance yerro,
 Con el cuidado estareis,
 Y en oyendo algun estruendo,

Procurais hacer ruido
 Porque no se entere el dueño,
 Y perdamos de ese modo
 Un botin de tanto precio.

Cuando oyeron el discurso
 Que hizo el astuto podenco,
 Los perros, que le escucharon,
 Mil parabienes le dieron.

En el venidero dia
 Todos volvieron dispuestos,
 Y aunque era grande el cansancio,
 Era mayor el contento.

Al fin el momento llega,
 Y audaz se encamina el perro,
 A su empresa temeraria
 Ansioso de poner término.

Los otros perros quedaron

Cerca del amo, atendiendo
 A si algun ruido sonaba,
 Para sofocarlo presto.

Dió el cazador un avance,
 Y el gallo cayó en el suelo,
 Por sus formidables dientes
 Atravesado el pescuezo.

Una gallina al segundo
 Pilló con el mismo acierto,
 Y otra despues, y luego otra,
 Todo con grande silencio.

Alegre con su fortuna,
 A avanzar volvió de nuevo,
 Pero en esta vez no estuvo
 En el golpe tan certero.

Comenzó pues la gallina
 A cacarear de recio,
 Y al percibir el ruido
 Se alborotó el gallinero.

Apenas que lo escucharon
 Los centinelas de adentro,

Todos al amo rodean,
Y le halagan con estremos.

Unos ahullan, otros ladran,
Otros con locos festejos
Sus plantas lamen ansiosos,
Con el fin de distraerlo.

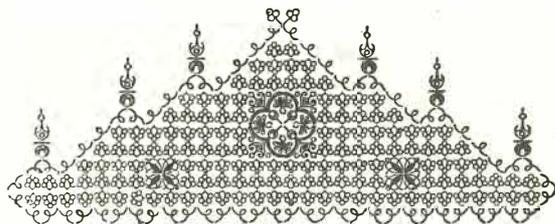
Al fin su intento lograron:
Las pobres aves murieron,
Sin bastar á libertarlas
Su ajitado clamoreo.

Pues apagaron sus ayes
Con la adulacion los perros,
Por que el dueño no escuchara
Sus tristísimos lamentos.

*De los PUEBLOS los clamores
Nunca al trono llegarán,
Mientras cercándole están
Serviles aduladores.*



EL CARRO Y EL PERRO.



FÁBULA XXII

EL CARRO Y EL PERRO.

Un perro descuidado
A orillas de un camino
A la sombra de un pino
Tranquilo se acostó.

Y alegre y sin temores,
Del campo á la frescura,
Del sueño á la ventura
Gozoso se entregó.

No bien se hubo dormido,
Cuando un carro pesado
Junto al perro cuitado
Vino luego á pasar,

Pisándole en el rabo
 En la veloz carrera,
 Sin que el pobre pudiera
 El peligro evitar.

—
 El infeliz despierta,
 Apenas se vió herido,
 Dando al viento un ahullido
 De insufrible dolor;

Y corriendo lijero,
 A la rueda se avanza,
 Y en su feroz venganza
 La muerde con furor.

—
 Mas la rueda inocente,
 Mirando al infelice,
 Con enojo le dice:
 — ¿Yo acaso te ofendí?

En vano es que me muerdas
 Fiero y desesperado,
 Pues yo el rumbo marcado
 Por mi dueño seguí.

—
 Con morderme, tu ofensa
 Vengada no quedaba;
 Solo al que me guiaba,

Tú debieras morder:
 Que aunque yo te he causado
 El daño que lamentas,
 Cuando en mí te ensangrientas,
 Vienes injusto á ser.

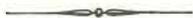
—
 ¿Pude yo acaso, dime,
 Por mí sola pararme?
 ¿Pude yo separarme
 De la senda fatal?

Y acaso ¿es culpa mia
 El hallarte dormido?
 Yo bien con mi ruido
 Quise evitarte el mal.

—
 Pero tú despiadado
 En mí cebas tus iras,
 Y en tu dolor no miras
 De quien la ofensa es.

Corre, corre á vengarte
 Del que te hirió inclemente,
 Y de tu agudo diente
 Déjame libre, pues.

En vano de este modo
La rueda le gritaba;
Por que él no lo escuchaba,
Tal fué su ceguedad;
Que siguió en su delirio
Mordiéndola inclemente,
Al carrero insolente
Dejando en libertad.

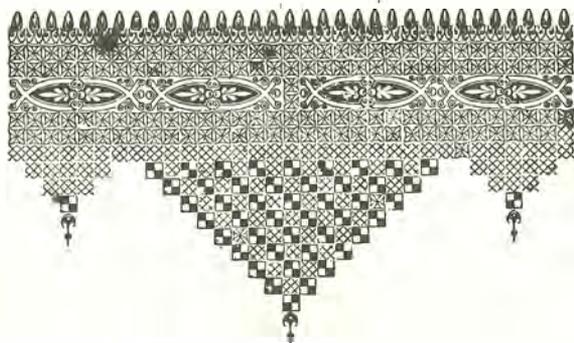


*El PUEBLO muchas veces
En su furor violento
Devora al instrumento
Del bárbaro opresor,
Y al que en verdad le oprime
No estiende su venganza,
Cuando en alas se lanza
De su justo rencor.*





LA HIGUERA Y EL ALCORNOQUE.



FÁBULA XXIII

LA HIGUERA Y EL ALCORNOQUE.

En unas casas vecinas
Dos paisanos habitaban,
Y entre ambas casas estaban
Convirtiéndose en ruinas.

Aquel estado advirtiendo,
Uno de ellos con asombro.
Al otro dijo: el escombros
Ya casi nos va cubriendo.

Si vivimos descuidados

En peligro tan fatal,
 Cuando venga un temporal
 Vamos á ser estrujados.

Ya el invierno se aprocsima
 Y estamos tan satisfechos,
 Sin observar que los techos
 Se nos van viniendo encima.

Aun puede evitarse el mal,
 Que hubiera de acontecer,
 Solamente con poner
 En cada techo un puntal.

El bosque está bien cercano:
 Partamos sin dilacion,
 Y cada cual su ponton
 Corte el árbol mas sano.

Luego que llego á escuchar
 El temor de su vecino,
 Al punto el otro convino,
 Para el peligro evitar,

En qué, sin perder momento,
 Al bosque deben partir,

Y cada cual elegir
 Algun árbol corpulento.

Y así fué; al siguiente dia
 Con las hachas afiladas
 Penetran las enramadas
 De aquella selva sombría.

Hartos ya de caminar
 Por uno y otro sendero,
 A un Alcornoque el primero
 Fué con el hacha á probar.

Pero al ver que su corteza
 Tan blanda y débil la halló,
 Al punto lo despreció,
 Como árbol sin fortaleza.

Siguió entonces con gran prisa
 Otra senda, y por su mal
 Una higuera colosal
 Á pocos pasos divisa.

Su robustez le agradó;
 Mas no vió que su madera
 Mas débil y blanda era

Que la otra que despreció.

—
Y así, sin investigar
Cuál su duracion seria,
Con la mayor alegría
La condujo hasta su hogar.

—
De vuelta, á su compañero
Junto al alcornoque halló,
Y al punto le preguntó:
Qué ¿No buscas tu madero?

—
Sin haberle aún encontrado,
Apenas al bosque llegas,
Cómo al descanso te entregas
Neglijente y descuidado?

—
Entonce el reconvenido
Contestó con altivez:
Sí le he encontrado; pardiez!
Pues junto á él estoy tendido.

—
Que si tú lo despreciaste,
Como árbol sin fortaleza,
Eso es, porque su corteza
Solamente investigaste.

Motivo ninguno encuentro
Para haberle despreciado,
Sin haber ecsaminado
Lo que estaba por adentro;

—
Y pues que yo no me fio
Del exterior, con razon,
Lleva alegre tu ponton,
Y yo me llevare el mio.

—
Que el tiempo vendrá á decir,
Y acaso no ha de tardar,
Quien supo en este lugar
Mejor madera elejir.

—
Luego que el trabajo acaban
A sus casas regresaron,
Donde al punto colocaron
Los puntales que llevaban.

—
Pero al que llevó la higuera,
Muy poco el sosten duró,
Y al cabo se desplomó
El techo que sostuviera.

—
En tanto que el alcornoque

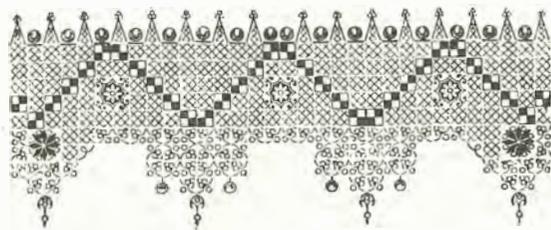
Pudo evitar tantos males,
De contínuos temporales
Sufriendo el violento choque.

—
*El que busque la nobleza
En un mezquino blason,
Querrá hallar en la corteza
Lo que está en el corazon.*





LA LECHUZA Y LA LÁMPARA.



FÁBULA XXIV

LA LECHUZA Y LA LÁMPARA.

Debajo de una bóveda sombría
Una lámpara hermosa se encontraba,
Que el templo todo con su luz llenaba,
Ardiendo sin cesar de noche y día.

Contaba entre sus muchos habitantes
Este edificio inmenso
Murciélagos jigantes,
Con sus alas enormes
Y sus formas groseras y deformes,
Que de la oscuridad en lo mas denso
Fabricaban su nido,
Huyendo siempre el mundanal ruido.

En medio de esta tarta se albergaba
Una vieja lechuza,

Que hambrienta se encontraba,
Y como el hambre el pensamiento aguza,
Saciarla intenta con mayor deleite,
Bebiendo de la lámpara el aceite.

La idea, á no dudar, era asombrosa,
Pero un inconveniente, de gran peso
Del ave la alegría deliciosa
Vino á turbar en su mayor esceso;
Pues ella comprendia,
Que á no encontrar la lámpara apagada
Beber todo el aceite no podria,
Sin el peligro atroz de ser quemada.

En medio de esta lucha,
Corto era el tiempo, pero el hambre mucha
Y ella en tanto, apurando su discurso,
Quiso probar el último recurso.

Y así tendió su vuelo silenciosa,
Y con planta lijera,
Al borde de la lámpara se posa,
Y comiéndale á hablar de esta manera.

Pena me dá mirarte en ese estado,
Con el gas de la luz perdiendo el brillo:
¿No observas tu contorno plateado
Como se vá tiñendo de amarillo?

Si cual yo lo comprendo, comprendieran
Todo lo que tú vales, á fe mia,

Que en tan mísero estado no tuvieran
Prenda de tal valía.

Y pues que yo comprendo
Cuanto debe apreciarse tu hermosura,
Y que siempre luciendo,
Tu brillantez se apura,
Déjame que te apague,
Y que el tributo de mi amor te pague.

Yo con mis propias alas
Te limpiaré afanosa,
Para quo vuelvas á lucir tus galas
Y te ostentes al mundo esplendorosa.

Que es lástima por Dios que así te miren
Del negro hollin cubierta,
Y tus formas no admiren,
Ni tu radiante brillo,
Que fuera, separado el polvo inmundo,
Gloria del arte, admiracion del mundo.

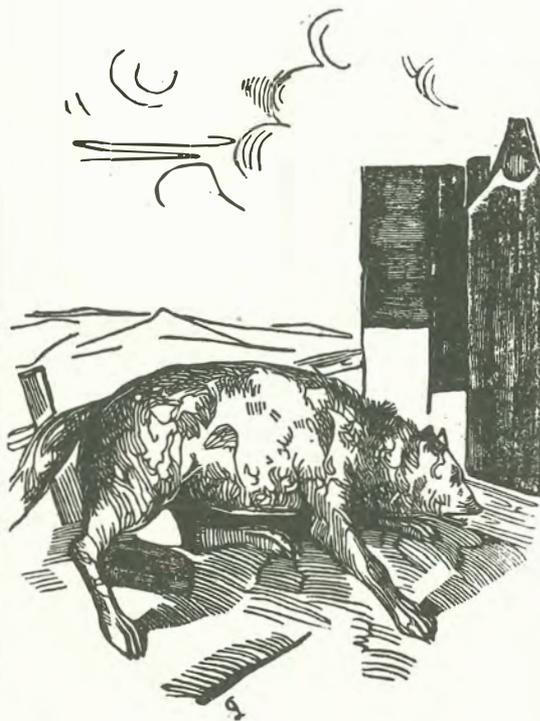
La lámpara escuchando estas razones,
Penetró sus traidoras intenciones,
Y á la lechuza infame, adúladora
Así le contestó: Quizas, señora,
Se habra V. persuadido,
Que con su adulacion me ha convencido;
Pero mucho se engaña, vive el cielo,
Porque no ha de pescarme en ese anzuelo.

Mi escaso brillo no es quien le importuna,
Ni por ello le da pena ninguna,
Que lo que V. desea
Es saciar su deleite,
Y chuparme el aceite,
Sin que nadie la vea,
O acaso, por temor de ser quemada,
Desea que mi luz esté apagada.
Vaya en mal hora y su alabanza cese,
Que ha de estar encendida aunque le pese,
Y no porque V. goce á sus anchuras,
El templo santo ha de quedar á oscuras.

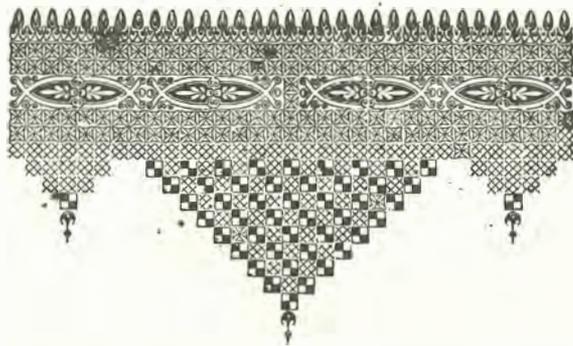


*La luz de la verdad así pretende
Oscurecer con pérfida arrogancia
El hombre vil, que su dominio estiende,
Mientras el PUEBLO jime en la ignorancia.*





LAS ZORRAS.



FÁBULA XXV

LAS ZORRAS.

Cerca de un corral pasaba
En cierta noche una zorra,
Cuando oyó cantar un gallo
Con voz muy clara y sonora.

Por debajo de la puerta
Con gran cuidado se asoma,
Ecsaminando por donde
Puede saltar á deshora.

Mas viendo que era imposible
Poder subir ella sola,

Buscó á otras dos compañeras
Para consumir la obra.

Cuando las hubo encontrado,
Con la sonrisa en la boca
Les dice: amigas del alma,
Llegó la ocasion dichosa
En que podamos hartarnos
Libres de susto y zozobra.

Muy cerca está un gallinero,
Donde aves muchas y gordas
Convidan, nuestro apetito
A una cena deliciosa.

Si vosotras me ayudais,
Yo os prometo, que la aurora
Nos ha de encontrar ya hartas
De una carne tan sabrosa.

Que aunque altas son las paredes,
Subiendo una sobre otra,
Bien podemos saltar dentro,
Con seguridad no poca.

Ellas con grande alegria
Se felicitan gozosas,
Y hácia el corral se van juntas
Con hambre devoradora.

Cuando á las tapias llegaron,
Las dos convidadas zorras

A la primera le dicen:
Compañera, á V. le toca
El ponerse ahora debajo,
Y subiremos nosotras;
Que luego, en estando dentro,
Le abriremos sin demora
La puerta, para que entre,
Y á su sabor mate y coma.

La infeliz, no conociendo
Sus intenciones diabólicas,
Se acercó, y desde sus lomos
Las dos saltaron muy prontas
Sobre la pared, y luego
De un salto adentro se arrojan.

Despues que dentro se hallaron,
Y vieron que eran muy pocas
Las gallinas que allí habia,
Dispusieron que, ellas solas
Debian comerlas, dejando
Sin parte alguna á la otra.

Abrid, grita desde afuera
Con voz doliente y quejosa
La infeliz, que habia quedado
Allí esperando en mal hora.

Abrid, que si yo os conduje
Donde la comida os sobra

No es razon que ahora me quede
 Sin la racion, que me toca.
 Mas las otras, sin cuidarse
 De sus quejas enojosas,
 La puerta dejan cerrada,
 Y las gallinas devoran,
 Contestando á la infelice:
 «No hay mas que para nosotras.»

Entonces ella, indignada
 Con una accion tan traidora,
 Les jura que su venganza
 Llegará severa y pronta.
 Cierra por fuera la puerta,
 Y así su salida estorva.

Ellas, cuando comprendieron
 Venganza tan horrorosa,
 Al punto á la puerta acuden,
 Y el perdon tristes imploran.

Abranos V., le dicen,
 Amiga, todo aquí sobra,
 Y aun si quereis, nuestra parte
 La cedemos muy gustosas.

Callad: la otra les contesta:
 Vuestras súplicas me enojan.
 Hace poco que deciais
 «No hay mas que para nosotras.»

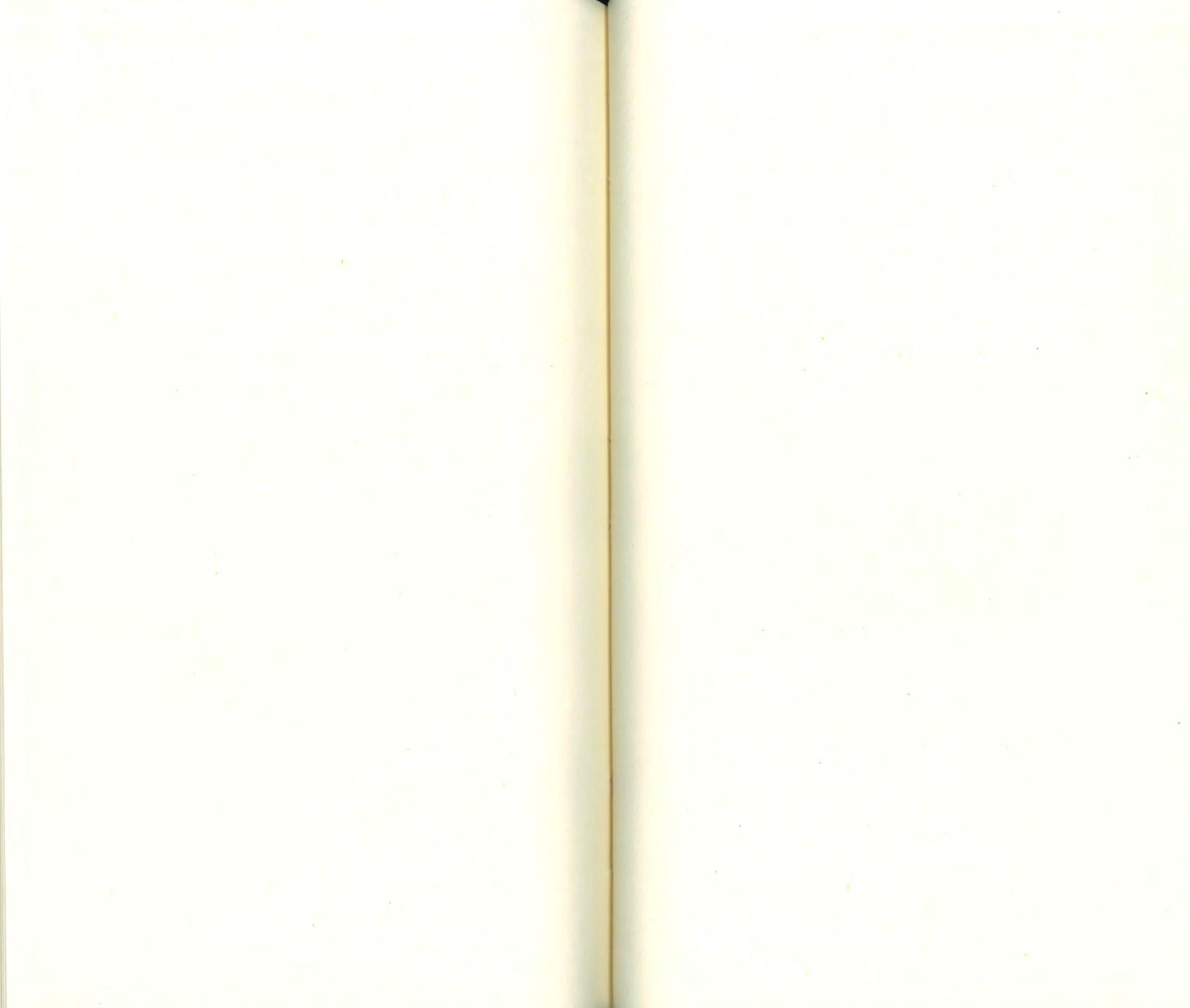
Ahora, pues que la fortuna
 Vuestra enemiga se torna,
 Yo os digo, que la desgracia
 No es mas que para vosotras.

Dijo así, dando un ahullido,
 Con que la casa alborota.
 Acude el dueño lijero,
 Y en ellas sació su cólera,
 Dando á entrambas una muerte,
 Digno premio de sus obras.



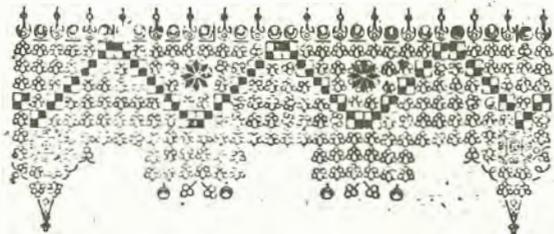
*Hombre, á quien el PUEBLO eleva
 Hasta el poder que ambicionas,
 Si con él eres ingrato,
 Acuérdate de LAS ZORRAS.*







LA COALICION DE LOS ANIMALES.



FÁBULA XXVI

LA COALICION DE LOS ANIMALES

Hubo un tiempo en que ciertos animales
De talento y virtudes sin iguales
Pensaron en que acaso,
Deponiendo las mil preocupaciones
Que cada cual tenia,
Y en que quizás ninguno se anda escaso,
Conseguirse podria,
Que la paz se firmase,
Y guerra entre animales se acabase.

Con este pensamiento
Se presentó un jumento,
Que por cierto de lobos arañado
Se encontraba al azar bien maltratado.
Convóquese, gritaba, una asamblea,
Que es lo que se desea,
Donde todos concurran
A tratar de tan críticos asuntos;

Y estando todos juntos,
 Los mas sabios discurran
 Formar la COALICION tan deseada,
 Que á todos nos conviene y nos agrada.

—

El grande pensamiento apoyan varios,
 Y para que se junten al momento,
 Por todas partes salen emisarios
 Estendiendo el solemne llamamiento.

—

En una ancha pradera,
 Como otras cualesquiera,
 Ya agrupados se ven cien estorninos;
 Mas allá unos cochinos
 Con su sordo gruñir el aire atruenan:
 Las laderas se llenan
 De lobos y carneros,
 Pues ya no existen animales fieros.

—

Una zorra ladina
 Y una hermosa gallina
 El camino en su plática entretienen,
 Y en amor y compañía al prado vienen.

—

Mas allá las culebras y lagartos
 De hacerse cumplimientos, vienen hartos.

Allá una enorme liebre se divisa,
 Dándose mucha prisa
 Por alcanzar á un galgo sin orejas,
 Á fin de deponer antiguas quejas;
 Que ya todos anhelan ser amigos
 Y entre todos no se halla un enemigo.

—

El toro y el alano juntamente
 El número aumentaron de esta jente,
 Y ratones y gatos confundidos,
 Por do quier esparcidos
 En la hermosa pradera se pasean,
 Y alegres y gozosos jueguan.

—

Mas oh! lector amado:
 Tú, que acaso te estás repantigado
 En una gran poltrona,
 Que á todos no los nombre me perdona:
 De historia natural escoje un libro,
 Y en tanto que me libro
 De relación tan larga y fastidiosa,
 Conduce hasta la débil mariposa,
 Pues todo el animal que no he nombrado
 No pienses que á la junta habia faltado.

—

Luego que ya se hallaron todos juntos

Dispuestos á firmar la paz eterna,
Una voz se levanta,
Sin confundirse en muchedumbre tanta,
Y el animal á grito desgarrado
Así exclamó, y de todos fué escuchado:

—
Animales carnívoros, que veis
Que acaso aquí la paz será ajustada,
Si victimas mañana no teneis,
¿Qué habeis de comer? Nada.

—
A esta voz cada cual fiero se lanza,
Sediento de matanza,
Sobre aquel infeliz, que confiado
En el santo tratado
De paz y de bonanza,
No previó en su locura,
Que paz entre enemigos poco dura.

—
Aquí fué Troya, ¡vive Dios! quien viera
Aquella turba fiera
En remolino denso
Llenar el campo inmenso.

—
De ofensas olvidadas
Forman quejas dobladas,

Y entre aquel vocerío,
Que sale de la hambrienta muchedumbre,
Del enemigo impío
Se renueva la bárbara costumbre;
Y cediendo á la fiera acometida,
Inocentes á mil pierden la vida.

—
En vano allí se implora la clemencia;
Pues para el infeliz no hay indulgencia.
Allá el feroz milano
Con furor inhumano
A una paloma triste,
Sin escuchar su fúnebre lamento,
Precipitado enviste,
De su sangre sediento;
Sin encontrar en ella otro delito,
Que el haberle escitado el apetito.

—
Con alegría loca
Cada gato un raton saca en la boca:
Al toro el fiero alano le acomete:
Al galgo volador no hay quien sujete;
Pues á una pobre liebre descuidada
Entre sus dientes lleva atravesada.
Y de esta chamusquina

La zorra sale allá con su gallina,
Mientras el lobo fiero
Devora entre sus garras á un cordero.

Los pocos infelices que escaparon,
En sus tristes albergues se encerraron,
Para no fiar mas en su enemigo;
Que el que en la confianza así se entrega,
A tan mísero estado al cabo llega.

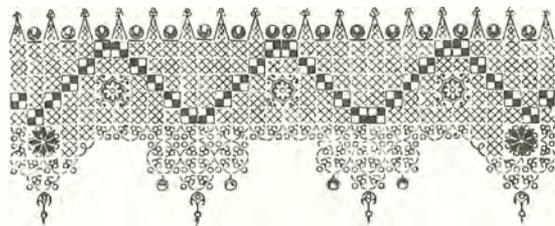


*Unir la libertad y el servilismo,
Por mas que se proyecten coaliciones,
Siempre será lo mismo,
Que juntar á los gatos los ratones.*





EL SEGADOR.



FÁBULA XXVII

EL SEGADOR.

Sucedió que una vez un jornalero
De un rico labrador la mies segaba,
Y quiso el hado fiero
Que mientras afanado trabajaba,
Con la hoz una mano se cortase,
Sin que por su destreza lo evitase.

Viendo que trabajar ya no podía,
Y que para ganarse su sustento
El daño que se hiciera le impedía,
Al labrador acude en el momento,

Demandando socorro en su amargura,
En tanto que la herida se le cura.

Y en vano fué, que el labrador ansioso
Sin ver que, trabajando en su provecho
Por un precio mezquino,
Se habia causado un mal tan horroroso,
Contestóle tranquilo y satisfecho:
«Ese era tu destino;
A socorrer tus males no me atrevo;
Dejas de trabajar, nada te debo.»

Triste y abandonado
A su tirana suerte,
El jornalero honrado
Por premio de su afan halló la muerte.

El avariento labrador buscaba
Quien segara su mies, que se perdía,
Pero ni un segador se presentaba,
Por mas que al que llegara prometía.

Así el tiempo pasó; llegó el invierno,
Su cosecha las lluvias arrastraron,
Y para oprobio eterno,
Sin cultivo sus campos se quedaron.

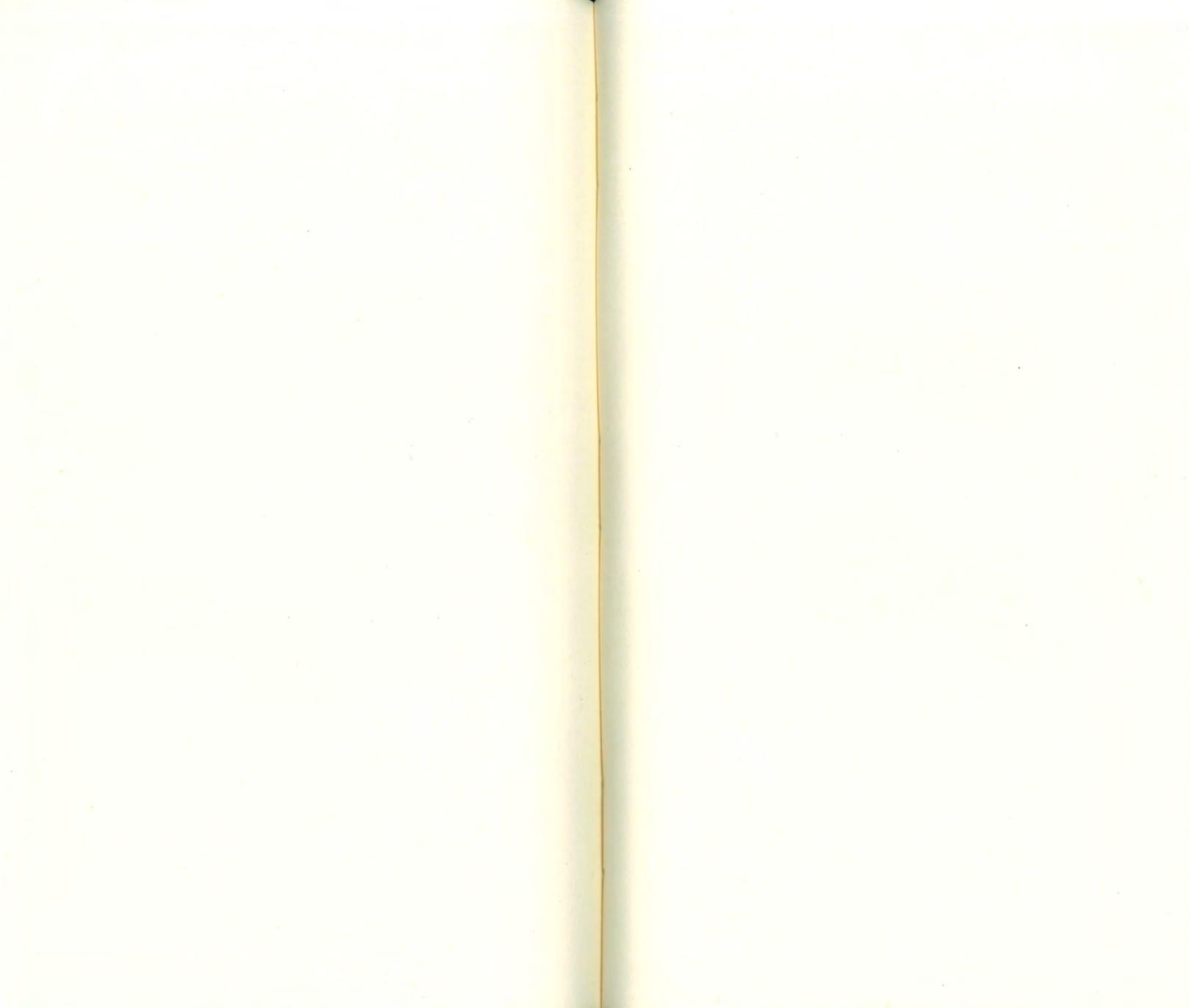
Pues cada cual decía:
«Si ese premio le espera
Al que vaya á segar su sementera,
De tal premio reniego,

Piérdase, bien está, yo no la siego.»

—••••—

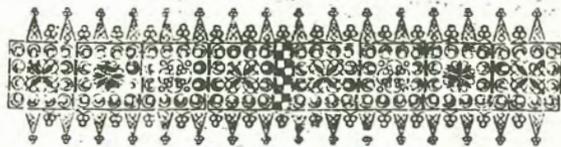
*Abandonada mies será la España,
Que al mundo entero en heroísmo escede,
Si al infeliz inútil en campaña
El justo galardón no se concede.
Ó tal vez llegue un día
Terrible y malhadado,
En que para sacar solo un soldado,
Te cueste mucha sangre ¡oh Patria mía!*







EL GALLO Y EL CIGARRON.



FÁBULA XXVIII

EL GALLO Y EL CIGARRON.

Comiendo trigo se hallaba
Cierta infeliz cigarron,
Á tiempo que se acercaba
Al sitio donde él estaba
Un gallo muy fanfarron.

El gallo hambriento venia
Picando en el suelo ufano,
Y cien granos se engullia,
Mientras el otro comia
Con mucho trabajo un grano.

Luego que llegó á mirar
Al cigarron infelice,
Mucho es de maravillar,
Con grande enojo le dice,
Que así vengais á robar.

—
¿Quién os concedió licencia
Para cojer este trigo?
Harta es ya vuestra insolencia,
Y si os impongo un castigo,
Cumpló un deber de conciencia.

—
El cigarron aterrado
Á vista del juez severo,
Perdon le pide humillado.
No hay perdon para el málvado,
Responde el gallo altanero;

—
Y pues sufrirás la pena
En que llegaste á incurrir,
Ya que tu suerte lo ordena;
Prepárate, que á morir
Mi justicia te condena.

—
Tú la víctima serás,
Que escarmientos necesito:

Y así no supliques mas,
Que dentro mi buche irás,
Para espiar tu delito,

—
Entonces el cigarron
Esclama de enojo ciego:
«Si me matas por ladron,
Supuesto que a tí no lleo,
No debes tener perdon»

—
Yo porque un grano robé,
Á morir soy condenado;
Y hoy la víctima seré
Del que un millon ha robado,
Y á sus manos moriré.

—
Si yo, cual tú, gallo fuera,
Aunque millones robara,
De la justicia severa,
Por mas que lo mereciera,
El poder no me alcanzara.

—
Mas ya que débil nací,
Y escasa fué mi codicia,
Ceba tu furor en mí,
Sin aguardar que de tí

Haga caso la justicia.

—
Dijo: y el gallo inclemente
Furioso sobre él se arroja,
Porque un ladrón no consiente,
Que otro, que es más inocente,
Lo que él desperdicia coja.

—
*No alcanza la compasión
Al desgraciado mendigo
Que roba solo un doblón;
Y el que estafa una Nación
Queda luego sin castigo.*





EL GUARDA TRAIOR.



FÁBULA XXIX

EL GUARDA TRAIOR.

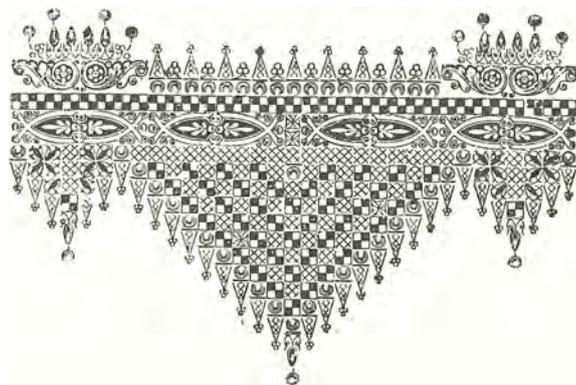
Sobre un fértil terreno,
En un alegre prado muy ameno,
Una viña hermosísima se hallaba,
De la cual hoy se cuenta,
Que una lucida renta
Al dueño en cada un año le dejaba.

Otra muy cerca habia,
Que ni una vez tan solo producia
Fruto con abundancia;
Y su dueño envidioso
No encontraba reposo,
Hasta quitar al otro la ganancia.

Luego que astuto su traicion dispone,
Al guarda la propone,
Hablando de este modo:
¿Qué vienes á sacar de tu acomodo,

Si con solo el salario que recibes,
 Aquí por siempre esclavizado vives?
 ¿Cuánto mejor sería,
 Supuesto que ya el amo en tí confía,
 Que á la ciudad te fueras,
 Y siquiera una vez te divirtieras?
 Vé pues á divertirme descuidado,
 Que yo en la viña quedaré encargado.
 — Cómo hé de divertirme sin dinero?
 El guarda le responde muy ligero.
 — Si por eso tan solo te entretienes,
 Toma, pronto lo tienes:
 Y alargando una bolsa bien repleta,
 La fortuna del guarda fué completa.
 Á la ciudad alegre se encamina,
 Y en tanto que á los báquicos placeres
 En los brazos de impúdicas mujeres
 Ébrio ya se abandona y sin alientos,
 Labra el otro á su dueño la ruina,
 Cortando de la viña los sarmientos.

*Hay viles mandarines,
 Que en órgias y festines
 Consumen de los pueblos la riqueza;
 Mientras la pobre España,
 Vendida á jente estraña,
 Vá quedando sumida en la pobreza.*



CANTO

Á LA LIBERTAD.



Dame, Jenio sublime, el dulce encanto,
 La ardiente inspiracion y osado brio,
 Que hé menester para elevar mi canto
 Al desacorde son del plectro mio.
 Llegue de LIBERTAD el eco santo
 Del abrasado sur al norte frio:
 Dame la lira que pulsaba Homero,
 Y llenará mi voz el mundo entero.

¡Ah! ¡Quien habrá que al escuchar tu nombre
De fuego henchido el corazón no sienta,
Don celestial, con que en la tierra al hombre
Su imájen fiel el Hacedor ostenta!
¡Dó el tirano estará que no se asombre
Al rujido feroz de la tormenta,
Que de Dios la justicia sacrosanta
Sobre su frente misero levanta!!!



LIBERTAD, LIBERTAD, grito sagrado
Que hace al hombre mirar su dicha cierta,
A quien mi escaso númen fatigado
Su inmensa gloria á tributar no acierta:
Serás del mundo entero pronunciado,
Que el mundo ya de su estupor despierta;
Y á tu acento reviven las naciones,
Palpitando de ardor los corazones.



Levanta el eco tú, Grecia potente,
Tú, que opulenta y grande te ostentabas;
En tí de LIBERTAD brotó la fuente,
Cuando en medio del mundo te elevabas.
Atenas sin igual, alza la frente
Que de lauros ceñida presentabas:
Declara à quien debiste tu opulencia
Más que á tu LIBERTAD é INDEPENDENCIA

Si ejemplos de valor pedis á Atenas,
Mil ejemplos tal vez se encontrarian;
Campos de Maraton, vuestras arenas
Al arte entero contestar podrian,
Cuando rompió Milciades las cadenas
Con que los persas sujetar querian
Á un pueblo, que en sus hijos denodados
Tantos heroes contó como soldados.



Si buskais el saber entre su gloria,
Del gran Solon responderá la fama,
Y otros nombres ilustres que la historia
Cual jenios en sus pájinas proclama:
Los siglos no borraron su memoria,
Justo tributo que el saber reclama;
Pues el jenio á la par que el heroismo
Se eterniza y se eleva por sí mismo.



Aun mas cerca, mirad, mirad á Roma,
Que débil entre horrores se levanta,
Y apenas á la luz su frente asoma,
Con su inmenso poder al arte espanta:
Libre, á su libertad el mundo doma,
De cien tiranos la cerviz quebranta;
Y la que ayer salió del polvo inmundado,
Hoy señora se vé del ancho mundo.

Y qué fuera, al imperio de sus reyes
 Y á su soberbio orgullo sometida,
 Entre el furor de sus idiotas greyes,
 Pobre ciudad, sin gloria, envilecida:
 Sin el poder de sus sagradas leyes,
 À la márjen del Tíber escondida,
 Nunca hubiera elevado sus pendones
 Al frente de invencibles escuadrones.



Bruto y Valerio, vuestro nombre ahora
 Hace temblar de gozo el pecho mio:
 Vosotros fuisteis la sublime aurora
 Que al gran pueblo anunció su poderío:
 Alzásteis vuestra diestra vengadora,
 Rompiendo el yugo de Tarquino impío;
 Y haciendo ver, que el libre no consiente
 Un infame borron sobre su frente



Roma entonces miró de Dios la mano
 Sobre ella derramar sabiduría;
 Libre de la coyunda el ciudadano
 Hasta el cielo elevó su fantasia:
 Allí empezó la vida del romano,
 Donde espiro la horrenda tirania;
 Que el pueblo que á un tirano se sujeta,
 Ese pueblo no vive, que vejeta.

Roma vió los valientes Escipiones
 Su término ensanchando con la guerra;
 Roma vió sus beljeras lejonas,
 Con su presencia avasallar la tierra;
 Roma tuvo elocuentes Cicerones,
 Cuanto mas bello la creacion encierra,
 Y Roma a los arrullos se adormia
 Del canto de la dulce poesia.



Y agora ¿qué es de tí! qué es de tu encanto!
 Donde fué tu poder y tu grandeza,
 Que te ves condenada á eterno llanto
 Y humillada ante el mundo tu cabeza:
 El recordar tu nombre causa espanto,
 Símbolo de la humana fortaleza;
 Ni un solo rayo de tu luz asoma,
 Nadie se acuerda de que ecsiste Roma



¿Y á quién debiste tu temprana muerte,
 Flor deshojada al apuntar tu dia?
 No culpes ni al destino, ni á la suerte,
 Que plácida tal vez te sonreia:
 Culpa á los que, pudiendo sostenerte
 Del pueblo en la feliz soberania,
 Sus antiguos laureles olvidaron,
 Y á la merced de un hombre te entregaron.

Entonces los Calígulas, Nerones,
Y otros monstruos sedientos de matanza,
Arrojaron al cieno tus pendones,
Afilado el puñal, rota la lanza:
Los libres y valientes campeones.
Cayeron al furor de su venganza,
Mientras el pueblo verdugo de sí mismo
Hundióse para siempre en el abismo.



Roma, nadie cual tú se vió elevada
Del supremo poder á la alta cumbre;
Tus hijos te miraron coronada
Con la aureola de radiante lumbre;
Y luego escarnecida y destrozada
Por la bárbara y fiera muchedumbre,
Que viendo muerta ya tu luz divina,
Levantó su opulencia en tu ruina.



Del helado confin se desprendieron
Los que antes á tu voz sola temblaron;
De tu tierra feraz dueños se hicieron,
Y sobre ella sus tronos asentaron:
Tu poder ya olvidado escarnecieron,
De tus pasadas glorias se mofaron;
Y en tanto que tu nombre escarnecian,
«Roma no existe ya» todos decian.

Así fué derrocado este coloso,
Que otro igual en los siglos no se cuenta;
Así ha pasado el tiempo silencioso,
Hasta que un alma de ambicion sedienta
Del tirano poder, fiero, ominoso
Al orbe entero libertar intenta,
Y con grande y enérgica arrogancia,
la vez de LIBERTAD alzó en la Francia.



Cónsul Napoleon, guerrero altivo,
Héroe sublime de la edad presente,
A quien de la fortuna el ceño esquivo
Apenas pudo doblengar la frente:
Tu poder en el mundo fué escesivo,
Y aun tu nombre se adora reverente
Entre el pueblo que absorto te admiraba,
Y su libertador te proclamaba.



La Francia grande fué por tus acciones,
Por tí solo se vió libre y guerrera
Los límites romper de las naciones,
Hollando con valor su ancha barrera:
Por tí en lejanas, bárbaras rejiones
Tremoló con orgullo su bandera,
Elevando sus águilas flotantes
Sobre opulentos muros de diamantes.

Á tu nombre glorioso y venerado
 La soberbia Albion se estremecía,
 Y en medio al mar profundo y dilatado
 Libre de tu poder no se creía:
 La Rusia ante tu ejército esforzado
 Numerosas ciudades destruía;
 Contra tí el nundo entero se juntaba,
 Y todo junto á tu furor temblaba.



Y tu quién eras, que ajitando el vuelo
 Á la veloz fortuna sujetaste?
 ¿Quién eras tú, que á tu insaciable anhelo
 Opulentas naciones subyugaste?
 ¿Quién eras tú, que en eternal desvelo
 A ser dueño del mundo te lanzaste?
 ¿Quién guiaba tu jenio portentoso,
 Incomprensible, audaz, maravilloso?



Tú, ni fuiste mecido en réjia cuna,
 Ni heredaste blasones encumbrados;
 Tu gloria la debiste á la fortuna,
 Y al heróico valor de tus soldados:
 Tu fama se remonta cual ninguna
 Enmedio de los siglos dilatados;
 Pues siendo hijo del PUEBLO, diste leyes
 Que obedecieron orgullosos reyes.

¿Y qué fué de tu pompa? ¿Donde fueron
 Tu desmedido orgullo y tu arrogancia?
 En premio á su lealtad ¿qué recibieron
 Tus soldados, modelo de constancia?
 Con su bravo caudillo sucumbieron:
 Tímida y débil se abatió la Francia;
 Pues al mirarte ingrato y ambicioso,
 Te abandonó el destino riguroso.



Volvió el pueblo á sufrir la atroz cadena,
 De que un tiempo dichoso le aliviaste;
 Y tú en tanto, cautivo en Santa Elena,
 La copa amarga del dolor libaste.
 De Austerlitz, Waterloo, Marengo y Jena
 Acaso en tu delirio te acordaste;
 Y enmedio de tu horrible cautiverio
 Tu trono maldijistes y tu imperio.



Despótica ambicion, tu horrenda mano
 Los firmes baluartes desmorona,
 Y de tu instinto bárbaro, inhumano,
 La huella el tiempo por do quier pregona:
 Sujetar tu violencia querrá en vano,
 El que necio en tus brazos se abandona;
 Porque del despotismo á la ruina
 Á paso de jigante se camina.

Pueblos del mundo que humillais la frente
 Ante un déspota vil con mudo espanto,
 La LIBERTAD sublime y elocuente
 Á enjugar se prepara vuestro llanto:
 Ya por ella el Señor omnipotente
 Os dirija su acento sacrosanto;
 Ya el alma ansiosa con placer se ajita...
 Oid, oid, la LIBERTAD os grita:



«Yo soy el Númen de ventura y gloria,
 El genio tutelar del mundo entero:
 Yo conduciré al PUEBLO a la victoria,
 Contra el déspota infame y altanero;
 Y su potencia débil é ilusoria
 Cayendo al golpe del tajante acero,
 Mostrará del Señor el justo encono,
 Roto su cetro, derrocado el trono.



«Grecia opulenta fué bajo mi amparo,
 Milciades con mi enseña peleaba,
 Y al resplandor de mi luciente faro,
 Roma con sus conquistas se encumbraba;
 Francia en su tiempo lúcido y preclaro
 A mi sombra ciudades dominaba,
 Y el gran Napoleon no fué vencido,
 Hasta que echó mi nombre en el olvido.

«Mi bandera ajitada por el viento
 Paz y ventura sembrara en la tierra,
 Y va al compas del bélico instrumento,
 No mas se escucharán gritos de guerra.
 El eco fiel repetirá mi acento,
 Del ancho valle á la empinada sierra;
 Y los hombres de gozo entusiasmados,
 Se abrazarán contentos y estasiados.



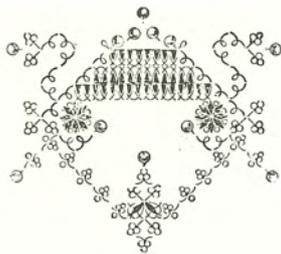
«Yo en pos arrastraré de mis pendones
 Al libre por mi acento conmovido,
 Brotando en los humanos corazones
 Un fuego abrasador, jamas sentido.
 Los nombres borraré de las naciones
 Del mundo injustamente dividido;
 Y al eco de mi voz grande y profundo
 UN SOLO PUEBLO formaré del mundo.



«Por siempre confundidos los tiranos
 Sedientos morirán en su agonía:
 Se abrazarán los hombres como hermanos
 Con fé sincera en tan dichoso dia:
 Su frente al cielo elevarán ufanos,
 Libres ya de la infunda tiranía;
 Y adorarán en su entusiasmo ardiente
 Al Dios de la justicia omnipotente.

«El mundo ya se ajita silencioso,
Y la dicha cercana nos augura,
Y el tiempo en su carrera presuroso
Nos brinda con tan plácida ventura:
Del Señor el decreto poderoso
El triunfo de los libres asegura.....
Caiga la esclavitud llena de espanto
De LIBERTAD al grito sacrosanto.»

— FIN DEL TOMO PRIMERO —



ÍNDICE

DE LAS FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

DEDICATORIA .
PRÓLOGO.

<u>Fábulas</u>	<u>Epígrafes</u>	<u>Páginas</u>
I —	El Peral	1
II —	La Sanguijuela y el Carnero	9
III —	El Perro Infiel	15
IV —	Las Mujeres con mando	25
V —	El Camaleon, el Gato y los Ratones	31
VI —	El Hombre y el Elefante	41
VII —	Las Abejas	49
VIII —	Los Lobos viejos y los jóvenes	55
IX —	La Madre, el Niño y la Culebra	61
X —	El Leon y la Zorra	67
XI —	El Hombre y el Ruiseñor	73
XII —	El Hombre y el Caballo	79
XIII —	El Burro coronado	83
XIV —	El Cántaro y la Jarra	89
XV —	El Ladron y el Perro	95
XVI —	Los dos Monos	103
XVII —	El Monte y la Encina	111
XVIII —	El Burro Diputado	117
XIX —	El Incendio	129
XX —	El Niño y el Busto	135
XXI —	Los Perros y las Gallinas	141
XXII —	El Carro y el Perro	149
XXIII —	La Higuera y el Alcornoque	155
XXIV —	La Lechuza y la Lámpara	163
XXV —	Las Zorras	169
XXVI —	La Coalicion de los Animales	177
XXVII —	El Segador	185
XXVIII —	El Gallo y el Cigarron	161
XXIX —	El Guarda traidor	197
—	CANTO A LA LIBERTAD	199

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Cuando tuve la honra de ofrecer al público esta colección de FÁBULAS POLÍTICAS, nunca esperé que se hubieran acogido con tanta benevolencia, ni mucho ménos que se hubiera espendido un tan crecido número de ejemplares. Al empezar la segunda edicion intenté ampliar mas este tomo con el objeto de que hubiera sido único; pero siendo muchos los vicios políticos de nuestra sociedad á que hasta ahora no he dado lugar en mis apólogos, aconsejado de algunos amigos y favorecedores, me he decidido á dar á luz el segundo tomo de esta publicacion y aun acaso el tercero, con el objeto de estender las alegorias hasta donde mi pobre imaginacion alcance.

Para evitar la molestia que comunmente acarrea, tanto á los suscritores como al autor, una edicion publicada por entregas, el siguiente ó siguientes tomos se anunciarán, luego que esten concluidos, espendiéndose á precios mas arreglados que el primero; sin embargo de que los grabados, papel é impresion, han de esceder en lo posible al tomo ya publicado.



Se terminó de imprimir
esta edición de 500 ejemplares de
Fábulas políticas
de José María Gutiérrez de Alba
en los Talleres Gráficos de Antonio Pinelo
el día 15 de mayo de 1997.
El original lo cedió amablemente
la Biblioteca de la Facultad
de Filología de la Universidad de Sevilla.





Fundación
EL MONTE